EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. - Nº 408.

SUMARIO.

poles; grabado. — Leyendas de un alma triste. — El combate de Castelfidardo; grabado. — Lorenzo Valerio; cœur; grabado. - Mariana la Sangiovannara; grabado. - Mevista de Paris. - El Ciprés de la Sultana. - La limosna. - ¿ La conoccis? - La China; grabados. - Una historia inglesa. - Cacerías de corzos y venados con reclamo y en batida; grabados. - El tiro nacional frans

cés en Vincennes; grabados — Asilo imperial de Vincennes. — Revista de la moda. — Dos dias en un convento de maronitas. — El cedro del barrio Reaujon en los Campos Elíseos; grabado. — Roble gigantesco de Pompogne; grabado.



EL PALACIO ANGRI-DORIA, RESIDENCIA DEL DICTADOR EN NAPOLES.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LEVENDAS DE UN ALMA TRISTE (1).

Paris 30 de setiembre de 1859.

AL SEÑOR ARSENE HOUSSAYE.

Este libro será para Vd. una prueba de mi cariñosa amistad, y un recuerdo tambien de mi melancolía.

Como quiera que vistamos las ideas, ellas son siempre hijas de nuestro corazon; y nacen con nuestras alegrías y con nuestras penas.

Y como ellas son las flores del alma, si las hay en esta leyenda, se las dedica á Vd. su buen amigo

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

OTTILIA.

OJEADA SOBRE DIEPPE.

La historia nos cuenta con su gran autoridad, que por los años de 780 Carlo Magno hizo rodear de murallas, coronándolas con un castillo, la multitud de casas de pescadores que existian en la bahía de Caux, y que los habitantes llamaron desde entonces á este lugar ciudad de Bertheville, en honor de la reina Bertha, madre del fabuleso emperador.

Es probable que antes del año mil, no se conociera esta ciudad bajo el nombre de Dieppe; pero desde el

siglo XII, se Ilamó así.

Felipe Augusto, en guerra contra Ricardo Corazon de Leon, la saqueó, reduciéndola á cenizas, y llevándose cautivos á sus habitantes.

En 1339 Felipe de Valois, en guerra con Inglaterra, de sus pescadores sacó la mayor parte de la marinería con que tripuló su armada, y se acrecentó mucho la

importancia de Dieppe por los años de 1350.

En el 1400 se hicieron grandes trabajos en el puerto,
y se terminaron parte de las obras de Santiago. Cárlos Desmaret, su gobernador, despues de la reconquista, puso la plaza en estado de defensa, hizo construir
el castillo que hoy existe al lado de la Falaise de Oeste,

sobre las ruinas de las antiguas fortificaciones de Felipe Augusto.

En 1511 se colocaron las primeras piedras del puerto; en 1522 se principió á construir San Remy sobre las ruinas de la anterior iglesia, que se vino á tierra en 1250; y cuando ya la ciudad habia levantado la cabeza, el 17 de julio de 1694, una gran escuadra con bandera azul, mandada por el lord Barklay, se acercó á la costa. El 21 tres galeotes armados de morteros se colocaron delante del castillo; los obuses comenzaron el fuego, y el castillo lo respondió con bravura; pero el 22 á las ocho de la mañana, galeotes, navíos, tragatas y bergantines, en número de ciento veinte, se pusieron en órden de batalla, formando un semicirculo de tres leguas.

De San Remy, hecha pedazos, vieron el 24 alejarse la flota inglesa á banderas desplegadas, como el buitre que levanta las alas despues de despedazar la presa. ¡Qué horribles dias de viudez y de espanto!... Mientras duró el hombardeo, nadie pensó en su hogar ni buscó su familia: despues de aquella tempestad, de tremendo estrago, vino el lamento y la desesperacion...

En 1695 Dieppe fué reconstruida; pero la ciudad del siglo XVI, antigua metrópoli del comercio francés, patria del valiente Duquesne, no ha vuelto desde entonces á levantar la cabeza: convertida en pueblo de pescadores y de pequeños fabricantes de marfil, su vida y movimiento de hoy los debe á los extranjeros que se reunen en sus frescas y apacibles playas á tomar los baños de mar; pero tal como es la poblacion, trae al alma magníficos recuerdos; en ella conquistó el francés laureles inmarcesibles, y su tierra se regó con sangre de mártires fanáticos y de famosos guerreros.

Pejemos la historia para fijar la vista en la grande Falaise que defiende la playa, donde se levanta sombrio y original el antiguo castillo, reedificado en 1433 por los concejales del pais de Caux, insurreccionados contra los ingleses, donde se retiró la célebre duquesa de Longueville, cuando quiso levantar la Normandía contra la autoridad real, y desde donde, por una ventana, se descolgó para salvar la vida, escapándose mi-

lagrosamente à Holanda.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Delante de este castillo compuesto de dos antiguos palacios, defendidos con su foso y puente levadizo, y mas tarde fortificado con torres, segun los adelantos militares de la edad media y los de nuestros dias, se extiende por un lado el mar con su horizonte sin límites; — por otro el pueblo de Pourville: mas allá comienza el bosque de Arques, en cuyo fondo asoman las ruinas de su famoso castillo, y mas cerca se levanta la ciudad con sus diques, el puerto y la playa, que es un pintoresco parterre sembrado de césped y flores, con sus remates de árboles.

A un extremo de ellas, en 1857, se edificó el establecimiento de los baños, adonde las horas primeras de la mañana concurre la gente, agrupándose en su alrededor, desde las tres á la cinco de la tarde, á oir la orquesta dirigida por M. Placet; y desde las seis de la tarde hasta la media noche, unas veces para hailar en lo interior del establecimiento; otras para perder el dinero

(1) Las dos leyendas de nuestro amigo el distinguido escritor don José Güell y Renté que comenzamos à insertar hoy, aunque publicadas recientemente en un periódico de Madrid, han sido corregidas y aumentadas por el autor para el Correo de Ultramar de un modo que pueden considerarse como un trabajo inédito.

(La Redaccion.)

y la paciencia en varias clases de juego, y mas regularmente para respirar las brisas del mar sentados apaciblemente en la terraza.

Sin duda en ningun lugar se ven reunidas tan diversas clases de la sociedad, principiando por los personajes soberanos hermanos de los reyes y acabando por la de princesas y príncipes de bastidores, que vienen allí en multitud bulliciosa y alegremente.

Pero dejemos tambien el cuento de la genealogía y oficios de cada cual; abandonemos el estudio del establecimiento, lleno en una tarde de fiesta de los elegantes de todas las naciones y de los jóvenes caballeros de todas las gerarquias, y á la caida de la tarde, cuando el sol va poniéndose con esa solemnidad que se despide del universo, sepultándose en el horizonte vomitando llamas de sangre, fijemos la atencion no en el mar, que siempre está anunciando soledad y desconsuelo, sino en las sombrías torres del castillo, y principalmente en la de Santiago, que se levanta en medio de la poblacion como un gigante de piedra, y cuya cabeza, coronada con la Katarina fundida en 1560, lanza al aire sus gritos de alegría por ser el 15 de agosto, fiesta de la Asuncion, la San Napoleon y la entrada en Paris del ejército vencedor de Austria en Italia.

Todos estaban atentos á la Katarina, que parecia el clamor de los siglos; pero sobre la terraza de los baños habia cuatro grupos, para los cuales voceaba en vano

la tradicional campana.

El primero lo formaban una vieja de sesenta años y una doncella de diez y ocho abriles, que pensativas y en grave conversacion bajaban la escalinata de madera que conduce á las cabinas de la playa.

El segundo lo componian un caballero de cuarenta años, á cuyo lado se sentaba una señora jóven, á la

que acariciaban dos tiernos niños.

El tercero eran dos damas que paseaban con grave señorio; los vestidos revelaban su nacionalidad española.

El cuarto un hombre recostado en la esquina de la alegre fonda del establecimiento, como quien mira á las ondas, y que sin pestañear estaba observando los tres grupos; su blusa azul revelaba su oficio de bañero.

Aquellos grupos no sonreian, aquellos grupos estaban silenciosos; en los ojos de todos habia tristeza; en las frentes de algunos se retrataban con sombras tenebrosas el dolor y los perversos intentos, que dan á la fisonomía esa tinta indefinible de crueldad.

Como la noche iba cayendo y la terraza llenándose de gente para oir el concierto, los cuatro grupos fueron confundiéndose en la multitud, y eran las ocho, y ya los separaban filas espesas de personas que se sentaban al rededor del establecimiento, esperando la fiesta.

QUIÉN ERA EL PRIMER GRUPO.

María Paluzzi quedó viuda de Jaime el pescador á la edad de veinte años; la muerte de su marido la habia colocado en una posicion affictiva, porque no tenia con qué mantener á Hércules, que así se llamaba su pequeño hijo, único fruto de su feliz matrimonio: llena de robustez y muy estimada de su vecindario, María se dedicó á planchar, y á las pocas semanas toda la ropa del barrio se repasaba en su casa. Con este oficio ganaba lo bastante para vivir honradamente educando a su hijo.

Cuando Hércules tuvo catorce años, lo entregó á un patron amigo de su difunto marido, que pescaba en las costas de Inglaterra, y a los pocos meses Hércules manejaba el remo como un antiguo marino; era el timonel de la palancra, y en las costas de Inglaterra ninguno le aventajaba ni era mas diestro en su oficio.

Hércules, de marinero llegó á patron y de patron á propietario de la palancra, y entonces fué cuando su madre, que no vivia ya pobremente, sino rodeada de todas las comodidades que permitia la productiva industria de su hijo, le escogio para esposa una doncella del gremio del mar. Hércules se casó en medio de las bendiciones de sus compañeros, por la honradez y caridad de su alma generosa y valiente.

Muchos años fué su matrimonio con Ana, hija del capitan de la goleta Leontina, el objeto de la envidia de Dieppe: cuando se paseaban por la plaza de la Catedral ó por las orillas del mar, nadie podia fijar en ellos los ojos sin sentirse conmovido á la sonrisa de felicidad con que aquellas criaturas saludaban á sus in-

numerables conocidos.

Cinco años despues del matrimonio nació Ottilia, y á los pocos dias, cuando estaba restablecida, Ana, sentada una tarde en la playa recostando la cabeza en el pecho de su marido, sintió un dolor agudo en el corazon; le enlazó los brazos al cuello, y al besarlo, pronunciando el nombre de Ottilia que tenia en sus manos, se quedó muerta sin exhalar un jay! ni dar un suspiro.

Hércules la llamó á gritos sin poderse convencer de que Ana estaba muerta: á su dolor acudieron los pescadores de la orilla; sobre sus hombros llevaron el cadáver á su casa; mientras el pobre, como si temiera aun que la muerte le arrancara la delicada niña recien nacida, la escondia como un loco en los pliegues de su bornuz, deshecho en lágrimas.

Despues condujo el cuerpo de Ana al cementerio de la ciudad : él mismo cavó la huesa : le hizo hacer una losa de mármol y sembró de flores los alrededores del

sepulcro.

Muchos meses lloró aquel infeliz: su salud fué deteriorándose; abandonó sus negocios; el cariño de su pobre madre María no era suficiente à curar su pena: po-

co á poco fué enfermándose, hasta que al fin una fiebre violenta lo tendió en la cama; luchando con la muerte, pasó muchos dias; al fin salvó la vida; pero la inteligencia habia sufrido un golpe terrible; la locura se habia apoderado de aquella cabeza, antes tan firme y pensadora.

Hércules estaba siempre silencioso: el dia lo pasaba sentado sobre la arena donde murió Ana, ó recostado

en la piedra de su sepulcro.

Aquella enfermedad tan larga y los grandes gastos de su curación acabaron con su pequeña fortuna : la abun . dancia y la felicidad antigua fueron haciéndole plaza á la miseria.

Y Ottilia tenia ya doce años cuando la pobre abuela Maria tuvo, á pesar de sus cincuenta y seis años, que abrir de nuevo las puertas á su antiguo oficio de planchadora, y ayudada de su tierna nieta, la viejecilla volvió á sostener á su hijo, que en el estado de enajenación mental no se daba cuenta de lo que pasaba.

Jamás el triste loco decia una palabra; jamás se le oyó una queja; jamás hacia una pregunta; algunas veces, mirando á su hija, se le veian correr las lágrimas, y esa era la única prueba de que aun habia en su

alma algun resto de inteligencia.

Agobiada de la fatiga y de la pena, la abuela enfermó. Las tres ó cuatro pesetas diarias que ganaba trabajando sin descanso, faltaron para el alimento de la familia; de modo que la anciana Maria estaba en cama postrada por la fiebre: Hércules se sentaba sombrío y silencioso, sacudido por los ataques de su enajenacion mental, en un rincon oscuro del cuarto de su madre: y Ottilia, de trece años, casi sin fuerzas para levantar el hierro con que planchaba, repasando la ropa, ganaba al dia á pesar de su delicada constitucion y pocos años, dos pesetas y media con que sostenia á su abuela, á su padre enfermo y á ella misma, que débil y abatida por el hambre, por sostener con la parte de su alimento á la pobre María, á quien cada vez postraba mas la terrible enfermedad, apenas podia hacer el trabajo.

Dos meses duró aquella situacion affictiva; en ellos la tierna niña asistia á la madre: la cambiaba á cada momento de postura; le daba los medicamentos y hacia la cocina para su padre, à quien atendia incesantemente; planchaba su ropa; iba á la plaza á comprar los alimentos y á la botica; hacia la limpieza de su reducida casa y de todos los objetos del servicio; y cuando llegaba la caida de la tarde, Ottilia, despues de trenzar sus rubios cabellos, que caian en anchisimas, apretadas y recogidas trenzas sobre sus hombros, y de cuidar sus dientes blanquísimos, que enseñaba á cada sonrisa de su inocencia, y de componer con coqueteria su sencillo vestido y su pequeña chaqueta cortada y cosida por sus manos, daba de comer á dos jilgueros que tenia colgados en sus pequeñas jaulitas en la jamba del balcon, regaba una maceta de tomillo, otra de geranio, dos de violetas y dos de fusias encarnadas que tenia alrededor de su ventana, que eran el tesoro, la riqueza y el placer de aquella alma candida y hermosa.

Los vecinos, admirados de la virtud de la niña, de su tan tierno amor filial y de aquella virginal inocencia, le abrieron de par en par las puertas de la caridad; y el vendedor de vinos, que vivia en la mitad de la calle, puso á su disposicion su bolsa, y el panadero y el trabajador de marfil le hicieron el mismo ofrecímiento, y así fué, que durante la enfermedad de la abuela, de nada careció ni ella ni Hércules; Ottilia era el ídolo de la vecindad y el encanto de la calle de Sigogne.

La vieja María recobró la salud, y á fuerza de cariño y de ternura, Hércules tambien volvió à su razon, y teniendo aun robustez, protegido por el ayuntamiento de la villa fue nombrado bañero del establecimiento.

Con aquel oficio pudo ganar cinco pesetas diarias, que unidas á lo que cosia Ottilia y á lo que planchaba Maria, à pesar de sus sesenta años, producian lo suficiente para vivir en su pequeña casa, que era el 37 1/2 de la calle de Sigogne, compuesta de la sala haja, en la que estaba la chimenea, el armario de la ropa y las piezas que formaban la batería de la cicina, cuatro sillas y una mesa. El primer iso lo formaba una sala y un dormitorio dividido por unos bastidores clavados en la pared por Ottilia, los cuales hacian un cuartito para ella y su abuela, y otro para Hércules; y remataba la casa en un granero, que era el tercer piso, donde estaba la mesa del planchado, cuatro palomas, dos gallinas, un gato, un gorrion doméstico que vivia mansamente por los tejados de la vecindad; esta era la casa y familia del honrado y laborioso Hércules, y estas las dos mujeres del primer grupo, que bajaban la escalera de los baños con direccion al mar.

QUÉ ERA EL SEGUNDO GRUPO.

Nicolás Twardowiski se habia casado en Oriente con la princesa Zeneida Chodja. Doce años hacia que este matrimonio habia emigrado de los climas asiásticos para establecer su residencia en la América del Norte. Poderosos señores de una gran fortuna, aquellas dos criaturas parecia que nada envidiaban al resto de los mortales.

La princesa, sin ser hella era una mujer agradable; débil de naturaleza, altanera, suspicaz y de caritativo corazon. El principe era de caracter enérgico, decidido, lleno de imaginacion, aburrido de los placeres, hastiado de todo, á quien casi pesaba la vida. Era uno de aquellos hombres que á los cuarenta años todo lo habia

visto; á quien no le hacia ilusion ni la hermosura de la inocencia, ni las coqueterías de las mujeres diestras; era, finalmente, espíritu á quien Dios habia dado para vivir un filtro llenc de amor, que gota á gota habia pasado ocupando el hueco del amor que se iba, y de la risueña esperanza, la hiel del aburrimiento y el desengaño horrible que habia convertido el corazon de aquel infeliz en un desierto sin límites.

El principe vivia taciturno; su sonrisa era mas que la expansion de la paz y de la alegría del alma, una contraccion de burla y de desprecio. Cuando miraba risueño, mas que prueba de cariño, era su saludo un sarcasmo de hielo y de maldicion; ¡espíritu condenado y duro que se consumia en el tormento sin que nada reverdeciera el agostado campo de sus perdidas ilusiones! ¿Qué habia matado las esperanzas de aquella criatura que á pesar de sus instintos buenos, con mas placer oia el gemido del moribundo que el canto alegre de las almas dichosas?

La causa de aquella situacion amarga no la adivinaba nadie; pero aquel hombre era tenebroso, duro, melancólico, sagaz, valiente, inflexible y de una resolu-

cion inquebrantable.

De este espíritu y de la princesa Zeneida eran descendientes los dos niños que llenos de dulzura habian nacido ángeles de aquellas almas tan raras, que vivian unidas sin amarse, que se ayudaban en el camino de la vida sin tenerse compasion, que se defendian mutualmente, sin interés; que se abrasaban de celos sin cariño, y que á cada hora veian crecer su aburrimiento, y á cada hora la frialdad y la repugnancia sin poderse separar, atados por una cadena que cada vez estrechaba mas el límite de sus eslabones.

Era aquella union como el trabajo de Sísifo; decreto del destino; hasta morir era necesario llevar la carga; pero el príncipe Nicolás, si era verdad que no huia de ella el hombro, con el pensamiento se pascaba por la tierra, así como las águilas que vuelan sin miedo, sin rumbo, sin frio, sin calor, y dando saltos de un mundo al otro, como si les enseñara velocidad y su camino, la

luz rapidisima de los relámpagos.

El principe era un alma maligna, vestida de ternura, de compasion, de flexibilidad y de buen agrado. Sus ojos eran de lince, su fisonomía de piedra, y la vergüenza nunca le daba color à sus pálidas megillas: su característica cabeza la sostenia un cuello erguido, y nada hubiera perdido la humanidad porque le hubiera estrechado la garganta la cuerda del verdugo.

Pero cada fiera tiene su mision, y la de este perso-

naje Dios la tenia dispuesta.

El príncipe Nicolás, la princesa Zeneida y los dos ninos preciosos é inocentes eran el segundo grupo.

QUÉ ERA EL TERCER GRUPO.

Todos los historiadores y viajeros dicen: que no hay mujeres ni de mas gracia, ni mas vivas, ni mas ingeniosas que las hijas del Mediodia de España. La tierra aquella es caliente: allí las brisas riegan su aliento de sal sobre los bosques de flores: y lo que no nace cerca la espuma del mar, se cria en las márgenes del claro y tranquilo Guadalquivir; y en todas las zonas que ocupan las risueñas Andalucías, no salen sino mujeres como angeles, ensueños divinos de la magnifica y caballerosa raza árabe, que con sus negros y hermosísimos ojos dejó en esa tierra feliz sus imaginaciones vivas y profundas, sus tiernísimas almas y sus encantos hechiceros.

Las mujeres del Mediodia de España son sin duda las primeras del mundo por su talle esbelto, por sus undosas y negrisimas cabelleras, por sus ojos expresivos, por sus formas redondas, por sus leves cinturas, por sus pequeños piés, y sobre todo por la gracia y arrogancia de su garbo, y por el señorio y compostura de su andar generoso. Un cantar de España dice:

> Si me pierdo que me busquen Bajo el sol de Andalucía, Donde nacen las morenas Y donde la sal se cria.

Pues bien, el tercer grupo lo componian dos mujeres

de esa poética Andalucía.

La una alta, esbelta, de andar franco y resuelto, manos delicadas, piés ligeros, cabellos castaños, frente ancha de parietales, ojos pequeños y negros, cejas que se unian sobre el entrecejo, labios estrechos, encias salientes, la dentadura blanca, los huesos de las mandibulas anchos, el color trigueño, el bozo cobrizo y apuntando el vello, fornida de hombres, y como madre de varios hijos, trabajadas las formas, y la naturaleza un poco cansada de cuidados y curaciones; pero á pesar de todo, hija de Andalucia, descendiente de los tipos árabes, gallardeaba y era vistosa y capaz, en medio de la falta de gran tipo, de estremecer con su mirada al hombre mas frio.

Pero á sus hechizos unia un alma de hierro y una vanidad como su alma: un egoismo que ocupaba en el espiritu el sentimiento de la ternura: un talento de avaro y la penetracion de una zorra. Esta era de las dos españolas la que en el tercer grupo se levantaba

como un ciprés entre flores.

Su compañera era un ángel de bondad: andaluza tambien; sus cabellos de color de plata, sus ojos melancólicos y la bondad del corazon salia a sus palidas megillas; y si fuera necesario una buena madre para heroina de esta historia, ella seria suficiente à representarla.

Pero basta para admirar los decretos de la Providen-

cia, saber que eran estas diferentes criaturas madre é hija.

La hija era la célebre marquesa de Canimar, famosa por su elegancia, que hacia seis años habia salido de su patria, que acompañada de su servidumbre, estaba en los baños de Dieppe, y que aquella tarde por ser la fiesta de la Asuncion, se habia vestido de manola, con un marsellé negro, una charpa azul, su calañés y un clavel en el pecho, como queriendo recordar á algun desgraciado aquel cantar de su tierra:

> El clavel que tú me diste El dia de la Asuncion, No fué clavel, sino clavo, Que clavó mi corazon.

Este era el tercer grupo.

EL CUARTO GRUPO.

Era solo Hércules mirando como la hiena de la pata coja: los tres grupos estaban inmóviles, pero los ojos del bañero parecian dar vueltas en las órbitas. ¿Era que la antigua locura volvia á apoderarse de su alma? No; Hércules no estaba loco. El valiente marino habia dejado el mar y sus tempestades; pero con ojos de lince veia las tempestades de la vida, y sin duda, alguna nube negra se levantaba en su horizonte.

Como que el sol iba poniéndose y las sombras caian, en aquel semblante negro se perdian las líneas de la fisonomía; pero sus ojos radiantes y expresivos parecian

despedir rayes.

Dos veces se fijaron llenos de curiosidad en la cabeza del principe Nicolás; dos veces, movidos de desprecio, sobre la marquesa de Canimar, y por fin deteniéndose sobre su tierna hija se nublaron de lágrimas. El bañero las enjugó clavando su mirada sobre las ondas del mar, y como por fin cayó la oscuridad, con el ruido y la confusion de la fiesta, los cuatro grupos se perdieron en la multitud, no pudiendo seguir la vista el hilo de sus movimientos, que eran una historia de afectos y un poema casi del infierno.

LA CALLE DE SIGOGNE.

Antiguamente se llamaba esta calle la de los Pozos Pequeños; pero de resultas de los hechos de armas de los célebres Sigogne, sus gobernadores (1), se les dió este nombre, que si la elevó en consideracion por el recuerdo, no en riqueza ni en hermosura.

Esta calle está situada a la falda del castillo, de modo que todas las casas se visitan con los ojos al bajar la rampa. Coge desde el principio de la calle de la Barra, que va á dar al puerto atravesando toda la ciudad, y concluye delante de la verja del nuevo establecimiento

de los baños.

Lo original de ella, y lo que no tiene igual en el mundo, comienza desde el número 1, que es la primera casa y acaba en el 39, que es una casita cuyas paredes están pintadas de blanco, sus puertas y balcones de verde, y parece durante el dia que encierran algo misterioso, pues rara vez se ve à nadie penetrar por sus entreabiertas puertas.

Desde el número 1 hasta el 34, que es la esquina opuesta que forma la manzana, tiene la calle ciento cuarenta pasos; y en este trayecto, amen de dos pedazos de terreno en abandono de veinte varas de extension cada uno, la miseria ha fabricado treinta y cuatro casas, que deben ser otros tantos palacios para las hon-

radas familias que las habitan.

Solo tres tienen entresuelo y cuarto principal; las demás ostentan en su miseria hasta tres pisos; pero lo regular de su construccion es el principal, al que se sube por tres escalones de piedras, movidas y separadas por las lluvias, el tiempo y el uso. Despues de esta pieza, desde la cual no se va à la alcoba ni à otra ninguna habitacion, y donde se encuentra la chimenea, de un metro de ancha y otro de altura, que sirve á la vez de cocina confortable en invierno, se sube por una escalera de ocho gradas al piso primero, que tampoco tiene alcoba, y de allí al granero, la mas util pieza de estas viviendas originales.

Para que haya treinta y cuatro casas en una extension de cien pasos, es necesario que algunas de ellas apenas tengan dos metros y medio de frente y tres de

profundidad.

(1) En 1567 el gobernador Sigogne, enemigo mortal de los protestantes de Dieppe, pidió al rey auxilio para dominarlos. El rey le envió à M. Mailleraye, su lugarteniente, al frente de un regimiento de infanteria. Los herejes confiaron en el juramento que les hizo el gobernador, de que aquella fuerza no marchaba contra ellos. El 24 de octubre en la noche, entró Mailleraye con su fuerza en la ciudadela; pocas horas despues les intimó à los habitantes que rindieran armas, mas tarde bajaron doce compañías del castillo gritando: « Muerte á los hugonotes, para nosotros sus hijos y sus riquezas, » y mucha sangre corrió por las calles de Dieppe en diferentes encuentros. Por fin, atemorizada la gente de la poblacion, se puso en huida; entonces el gobernador, que se habia encerrado en el faerte, temiendo una emboscada, para convencerse de si podia bajar seguro, puso fuego à las diez y ocho é veinte casas que habia al pié del castillo, y viendo que nadie salia de ellas ni acudia al incendio, cayó sobre la villa, y en memoria de este gobernador que degolló mucha gente, y a quien mató de una coz un caballo que habia pertenecido à una de sus victimas, se le puso à la calle que està al piè del castillo la calle de Sigogne. - La calle y las casas deben parecerse al alma de aquel héroe, que aunque en San Remy tiene sepulcro, Dios quiera que no tenga otro mejor donde se premian y castigan las acciones de los mortales.

Regularmente la puerta no tiene mas anchura ni elevacion que la que necesita el cuerpo de un hombre, y la ventana muchas veces coge todo el frente; esta arquitectura varía solamente en el número 1 y 3, que lo ocupa un herrador que tiene en una de las casas la fragua, y en otra, en donde apenas cabe el caballo, la sala de operaciones.

Lo demás de la calle es de un estilo tan pobre, que ni las chozas de los salvajes de América y Africa, ni las viviendas primitivas de los antiguos pueblos, ni nada se parece al estilo extravagante, miserable y pretencioso de las treinta y cuatro casas de la rue Sigogne. El Gito de Roma donde se albergan les judíes, y el barrio de Triana donde habitan los gitanos, y algun rincon en la antigua ciudad de Tudela, en una calle que llaman de los Guerreros y que va á salir á las ruinas de su antiguo castillo, es lo único que puede hacerle concurrencia à este harrio, el mas primitivo que han visto ojos humanos, en cuyas casas aun hay enlosados de barro con figuras cartaginesas y mosáicos fenicios como los del templo destruido de San Miguel de Barcelona.

Si la calle es rara por su arquitectura, no lo es menos por la clase de sus habitantes. La primera casa frente à la del herrero la ocupaba un personaje que tenia escrito sobre su puerta: « Maestro desollinador de chimeneas y aserrador de madera: » frente de este honrado artesano, que jamás vió en su persona ni en sus vestidos mancha blanca, vive una viejecilla, con dos jóvenes de diez y ocho ó veinte años, dedicados al oscuro oficio de carboneros.

Mas allá una dichosa madre con seis hijos, que tiene venta de malos quesos, de leche adulterada, de jabones

y peores bizcochos.

(Se continuarà.)

El combate de Castelfidardo.

Damos un dibujo que representa el ataque de las líneas piamontesas en Castelfidardo por las tropas de Lamoriciere. Este combate que decidió de la suerte del ejército reunido por el papa y al mando del general francés, puede describirse en breves palabras :

El general Lamoriciere, que mandaba el primer cuerpo, tué reforzado en la mañana del 17 en Macerata por el que mandaba el general Pimodan, y resolvió atacar af dia siguiente las líneas piamontesas que interceptaban el camino de Ancona y meterse en esta plaza con su ejército.

El ataque tuvo lugar en efecto en la mañana del 18, y hubo un terrible combate. Los dos ejércitos mostraron igual valor, y sufrieron pérdidas considerables.

Las líneas piamontesas estaban formidablemente establecidas, y las tropas pontificias no pudieron forzarlas. Tres veces atacaron la posicion y otras tantas tuvieron que replegarse. En el tercer ataque quedó herido de diferentes balazos el general Pimodan, que fué retirado moribundo. El general Lamoriciere se puso al frente de una corta columna, logró pasar por medio del ejército enemigo, ganar la montaña y entrar en Ancona.

El general Pimodan murió en la noche del 18 al 19

de resultas de sus heridas.

La rendicion de Ancona tuvo lugar algunos dias despues, y de este modo las tropas piamontesas que invadieron el territorio pontificio, pudieron asegurar en breve tiempo el dominio de Victor Manuel sobre las provincias invadidas que son la Umbría y las Marcas.

Lorenzo Valerio

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE COMO, COMISARIO GENERAL EXTRAORDINARIO EN LAS MARCAS.

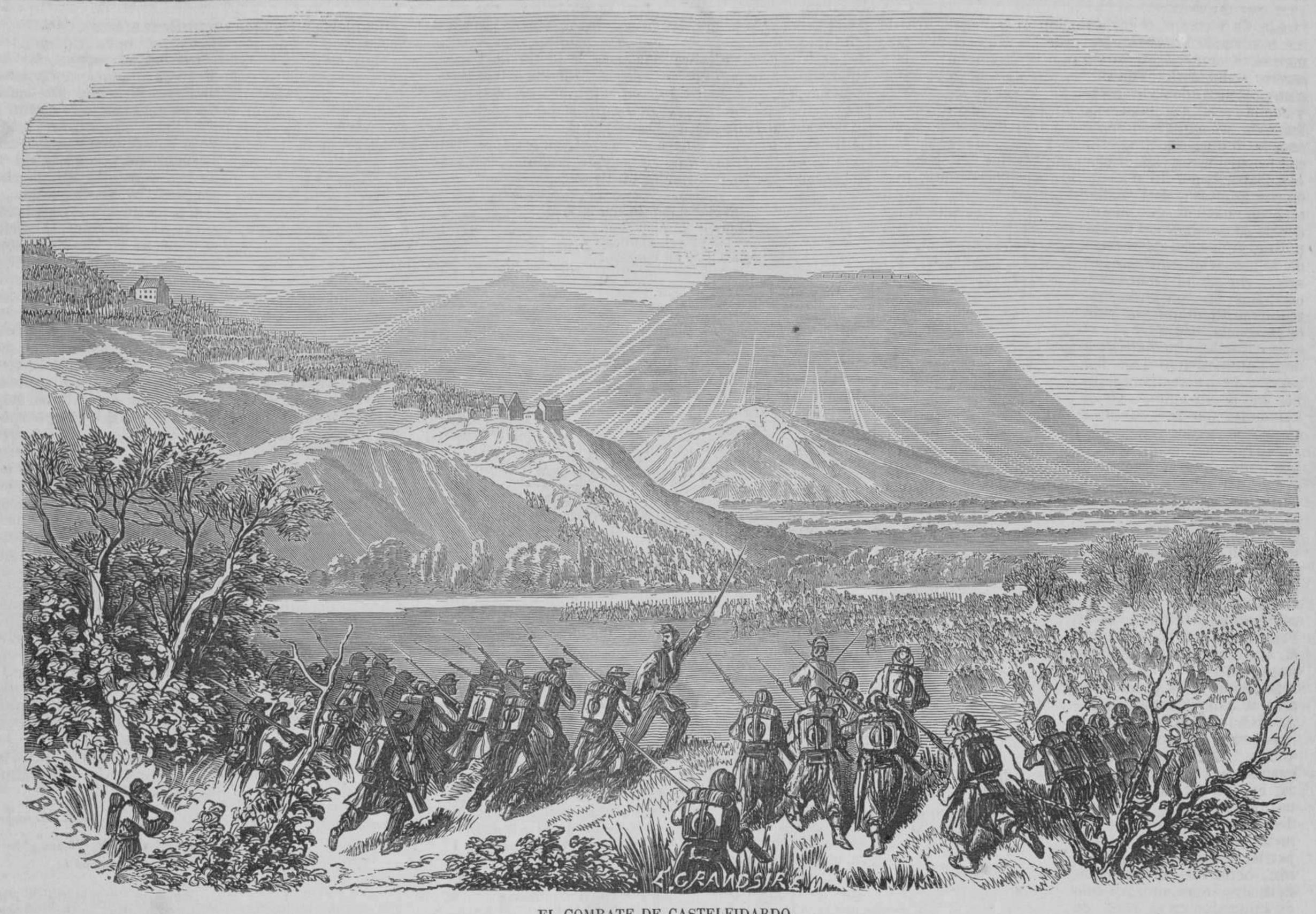
Entre las individualidades mas notables que surgieron del movimiento nacional de 1847-1848, figura como una de las mas populares en Italia la del señor Valerio. La independencia italiana debe á este generoso patriota no solo el haber sido uno de los principales campeones cuando el renacimiento de la época de Cárlos Alberto, sino el haberse quedado en pié sobre la brecha durante el largo período de duda y de aislamiento que siguió á los desastres de 1849. Político atrevido, publicista y orador de primer órden, Lorenzo Valerio tué durante ocho años (ocho campañas contra el Austria) el abanderado de ese gran partido de la accion al cual la Italia deberá en breve su unidad total, y que reconoce por jefe desde el primer dia al ilustre Urbani Rattazzi, su mas brillante personificacion.

El señor Valerio, oriundo de la provincia de Turin, tiene en el dia cuarenta y cinco años. Consagrado anteriormente á la industria y al comercio, lo dejó todo para seguir en libertad su vocacion política. Cuando el estatuto vino à crear una prensa militante en el Piamonte, Lorenzo Valerio fué uno de los primeros que ingresó en sus filas, y sus buenos estudios unidos á un genio natural, le valieron en breve una reputacion extraordinaria. Era redactor en jefe de la Concordia cuando los electores de Casteggio le enviaron á la Cámara que inauguró el régimen constitucional.

En 1849 recibió del ministerio Rattazzi la importante mision de obrar cerca de los gobiernos de Florencia y de Roma, á fin de decidirles á secundar los esfuerzos del Piamente en la segunda campaña que estaba á punto de abrirse; pero los sucesos se adelantaron á las negociaciones, y Novara llamó al enviado sardo á su

patria.

Desde esa época el señor Valerio se consagró á las ta-



EL COMBATE DE CASTELFIDARDO.

reas parlamentarias, adquiriendo con justicia el renombre de orador eminente. Alto, dotado de una hermosa é imponente fisonomía, su actitud y su palabra
despiertan la atencion y el interés. Sus discursos claros, firmes y llenos de alusiones y citas oportunas, demuestran una gran ciencia histórica.

Despues de la guerra de 1859, Lorenzo Valerio aceptó del gabinete Rattazzi el puesto de gobernador de la

provincia de Como en la Lombardía, á cuya emancipación habia contribuido eficazmente con sus escritos y su palabra. Al punto que el ejército real piamontés hubo invadido el territorio pontificio, el señor Valerio abandonó el puesto de gobernador de Como, y fué enviado á las Marcas para organizar civilmente esta provincia. Sabido es que el marqués Pepoli cumple la misma mision en la Umbria, C. DE LA V.

El marqués Pallavicino.

El marqués Jorge Trivulcio Pallavicino, actualmente prodictador de Nápoles, nació en Milan con el siglo. Pertenece á esa alta aristocracia lombarda tan nacional, y cuya invencible resistencia á la absorcion austriaca ha contribuido tanto al movimiento italiano. Nadie ha hecho mas personalmente que Pallavicino. Complicado



LORENZO VALERIO, COMISARIO GENERAL EXTRAORDINARIO EN LAS MARCAS.



EL MARQUES JORGE, TRIVULCIO PALLAVICINO, PRODICTADOR DE NAPOLES.

en la famosa causa política de Confalonieri, despues de la revolucion piamontesa de 1821 que tanto asustó al gabinete de Viena, el marqués fué condenado á muerte, pena que se conmutó en la de carcere duro. Jorge Pallavicino pasó diez años horribles, y cuando salió del Spielberg, fué para ser encerrado en la casa de fuerza de Gradisca, con los asesinos y los ladrones. Devuelto por fin al mundo con la muerte de Francisco I, el marqués, que al ardor de su sentimiento nacional tenia que añadir el recuerdo de tantos sufrimientos, se arrojó sin perder un instante en todas las conspiraciones sucesivas que dieron por fruto la revolucion de 1848 y la emancipacion momentanea de la Lombardía. Despues del regreso de los austriacos debió buscar un refugio en el Piamonte, que fué entonces el asilo de tantos proscritos.

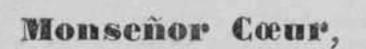
Pallavicino, naturalizado piamontés, es muy adicto á la casa de Saboya, hácia la cual tendian los votos de los milaneses aun antes que los del resto de la Italia. Pallavicino fué enviado á la cámara de los diputados por el primer colegio de Turin, y desde 1849 no ha cesado de representar á la capital en el Parlamento hasta principios de este año que fué nombrado senador.

do senador.

Durante los últimos once años la independencia italiana no ha tenido un campeon mas activo que Jorge Pallavicino. Pasaba su tiempo y gastaba su fortuna en preparar nuevos golpes á la dominacion extranjera. Se puede decir que en todo ese tiempo no ha vivido mas que para la patria. Intimo amigo de Manin, obraba de acuerdo con el ilustre veneciano, no solo en Italia sino en el resto de la Europa. Estos dos ciudadanos fueron los primeros que inauguraron el programa de la Italia unida bajo el cetro de Victor Manuel.

La Sociedad nacional italiana que sirvió tan poderosamente la causa de la independencia, tenia por presidente al marqués Pallavicino, y por vicepresidente á Garibaldi. Esta última circunstancia hará comprender cómo el general llamó à Nápoles á su antiguo amigo para confiarle el poder civil de acuerdo con el rey del

Piamonte.



C. DE LA V.

OBISPO DE TROYES.

Monseñor Cœur, obispo de Troyes, que acaba de morir súbitamente, habia nacido en Tarare en 1803. Sucesivamente estudió en las escuelas eclesiásticas de Lyon y de Aix. A diez y ocho años profesaba las bellas letras en el colegio de Saint-Chaumont, pero no tardó en seguir la vocacion que le llamaba al estado eclesiástico, y entró en la casa llamada de los Cartujos, fundada por el cardenal Fesch. Salió con distincion de la escuela de filosofía, y en seguida fué encargado de esta enseñanza en la casa de Aix. Despues de haber seguido durante tres años en Paris los cursos de la Sorbona y del colegio de Francia, fué á Lyon donde entró en el gran seminario, y donde recibió las órdenes.

Los triunfos del abate Cœur en la enseñanza le destinaban al púlpito. Se entregó con celo á predicar, y se vió llamado sucesivamente á las grandes ciudades de Francia y á los púlpitos de la capital. Monseñor de Quelen le nombró canónigo, vicario general, y le hizo acordar la cátedra de elocuencia sagrada en la facultad de

teología.

En 1848 monseñor Sibour se disponia á nombrar al abate Cœur cura párroco de San Roque, cuando fué llamado al obispado de Troyes. Los discursos y los mandamientos de monseñor Cœur recuerdan las mas hermosas páginas de la elocuencia sagrada de los franceses.

Sobre los últimos momentos de este digno prelado un periódico de Troyes publica los siguientes pormenores:

0.5



MONSEÑOR PEDRO LUIS CŒUR, OBISPO DE TROYES, MUERTO EL 9 DE OCTUBRE DE 1860.



MARIANA LA SANGIOVANNARA.

« El mártes 9 monseñor de Cœur y su hermano el abate Cœur, vicario general, se dirigieron á Chaumont, al palacio de M. de Truchy. El eminente prelado, despues de pasear un buen rato por las alamedas del parque, se retiró á la habitacion que tenia dispuesta, y pidió un tomo de las obras de san Gerónimo. Eran entonces las cinco, poco mas ó menos. A las seis la señora de Truchy subió á avisar al prelado que la comida estaba ya dispuesta.

Calcúlese cuál seria su sorpresa al encontrar al prelado
tendido al pié de su sillon
y sin movimiento. A los gritos que dió la señora, acudieron el abate Cœur y demás personas que habia en
la casa; se avisó á toda prisa
al médico de Chaumont, en
tanto que se dirigió á Troyes
para llamar á otro facultativo.

Monseñor Cœur habia sido víctima de un ataque apoplético. Los primeros remedios que se le prodigaron pro dujeron al parecer algun buen efecto; volvió à recobrar los sentidos: pero no haciéndose ilusiones sobre la gravedad de su estado, indicó á su hermano que deseaba recibir sin demora los Santos Sacramentos. El abate Cœur con lágrimas en los ojos cumplió esta santa y dolorosa tarea: nunca se habia desempeñado el ministerio sagrado en tan particulares circunstancias.

En breve reaparecieron síntomas mas alarmantes, perdiéndose toda esperanza de salvar la vida del ilustre prelado. A las diez de la noche monseñor Cœur dió su alma

al Criador. »

Mariana la Sangiovannara.

Mariana ha tomado la parte mas activa en la revolucion napolitana; cuando yo fuí á verla estaba sentada en su taberna, y á su lado habia un hombre que daba á

los curiosos las explicaciones que Mariana se dignaba prodigar. A su izquierda comia un borracho que intercalaba la relacion de los sucesos del dia con un espantoso consumo de pimienta de Cayena, de rajas de sandía y de vasos de asprinio, el champaña del pueblo de Nápoles. Unas cincuenta personas de traza equívoca llenaban el aposento. La taberna se halla situada en la Piquasecca. Al lado de la puerta habia un Crucifijo enorme rodeado de flores y de luces, ante el cual dos ó tres docenas de muchachas rezaban con acento chillon por sus parientes o por sus novios que combaten con Garibaldi. En el umbral de la taberna se abre un abismo donde duermen algunos centenares de toneles, pues Mariana es rica. Las paredes están adornadas con colgaduras tricolores, y el alumbrado consiste en lámparas de aceite. Aquí y al á mesas horriblemente sucias, rara vez vacías, y en resúmen, mas humo que luz en la taberna.

Mariana me hizo esperar antes de dirigirme la palabra: mezclaba las explicaciones de la no intervencion que daba á un puñado de bravi de su banda, con las de un guisado para el dia siguiente, que dirigia á un pinche de cocina. Fué muy sóbria de noticias acerca de su persona; menos reservada estuvo con mi amigo el señor Al-

tamura, autor del adjunto dibujo.

Mariana me habló de su mision y de su parte en la accion, y al punto conocí que tenia ideas mazinianas. No se lisonjeó de su papel en la revolucion, ni de cómo habia contribuido á seducir á los soldados del rey para que se pasaran á Garibaldi. Me dijo que su primer marido era un croata del rey Fernando; y que el segundo era un buen muchacho, elogio que hizo echar chispas á un jóven sentado desde por la mañana á comer un tomate y extasiado delante de ella.

Mariana tiene una fisonomía muy voluble; pasa de la voluptuosa languidez de la perezosa napolitana á la sombría energía del conspirador; su cútis se ilumina ó se pone lívido. En un cuarto de hora de conversacion ví yo estas alternativas producidas por los nombres de Garibaldi y de Francisco II, del comisario de policía Campagna y de Victor Mannuel aquel : semblante era todo

un drama. Mariana es un oráculo del barrio y á veces su Providencia Distribuye socorros y da noticias, aclara dudas, explica la situacion, indica al pueblo su papel, y le da las razones que hay para que pase de los Borbones al re galantomme: en suma, Mariana tiene el tacto suficiente para alentar los corazones.

La tabernera ha figurado en primera línea en las fiestas que siguieron á la entrada de Garibaldi. A la cabeza de su banda armada de tusiles ó de picas, una inmensa bandera tricolor en la mano, la pistola y el punal en el cinto, sin nada en la cabeza, el rostro severo y pálido de emocion, la mirada perdida en el infinito, marchaba solemnemente en medio de los frenéticos aplausos del pueblo. Todo el mundo la conocia

y la llamaba por su nombre. Garibaldi la estrechó la mano y la dió un beso en cada megilla. No faltó en la entrada del dictador, como no faltó tampoco cuando este fué á visitar á la Vírgen de Piedigrotta, á pesar de la lluvia que inundaba la capital. El pueblo se vió representado en esta mujer.

Mariana se halla en este momento en las avanzadas para cuidar á los heridos y conducir su banda al combate. Cuando se recoge el pañuelo en torno de su cuello, es que la tempestad muge en su alma y es capaz

de todo.

Sin embargo, tiene un pecadillo venial sobre su conciencia; una noche la policía llama á la puerta de su taberna; Mariana se levanta en silencio, quita el cerrojo del escotillon que forma la boca de la bodega, abre la puerta de la calle y se echa á un lado. Los esbirros se precipitan en la taberna; mas al poner el pié en el escotillon se hunde, y los esbirros desaparecen en la cueva. Mariana se escapa. Pocos dias despues llegan la amnistía y la constitucion, y Mariana vuelve á presentarse en su taberna.

La Sangiovannara tiene treinta años.

A. K.

Revista de Paris.

Una anécdota de Baden que hemos oido á un testigo ocular. — La escena pasa á últimos de setiembre en el terrado del Castillo Viejo.

Delante de una mesa colocada, no lejos de un añoso roble, estaban sentadas una señora de cierta edad, con una jóven señorita y un niño.

La jóven era un modelo de belleza; su hermosa cabellera rubia y sus ojos celestes demostraban su origen germánico.

Mientras comian y nosotros nos disponiamos á hacer otro tanto, dice el testigo á que nos referimos, un inglés de unos treinta años asoma en lo alto del terrado, montado en un borrico y vestido con la casaquilla gris americana y el sombrero catañés, ese tocado tan á la moda en el verano último.

El inglés se apeó de su rústica montura y se puso á buscar con los ojos una mesa adonde pudiera sentarse.

No habia mas que una desocupada, y era un veladorcito colocado precisamente al otro lado del roble, junto al cual estaban la madre y la hija.

El inglés con toda su gravedad británica se dirigió hácia el velador; pero de repente se detuvo y se quedó inmóvil : acababa de ver el rostro hechicero de la jóven alemana.

Su semblante pálido, en el que se veia pintada la expresion de un esplin incurable, se puso encarnado súbitamente; sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente, y toda su actitud manifestaba la admiracion mas viva y mas profunda.

Sin embargo, al cabo de un instante pasado en una contemplacion silenciosa, se dirigió hácia el velador y se sentó á comer.

Desgraciadamente el árbol secular le interceptaba la vista

de la jóven, que no habia notado su presencia.

El inglés pidió su comida, pero no podia decidirse á comer; á cada instante retiraba su silla, ora á la derecha, ora á la izquierda, para ver á la jóven que el árbol le ocultaba.

De repente llamó al mozo y le preguntó: - ¿Cuánto vale ese árbol?

- ¿Cuánto vale ese árbol? repitió el mozo atónito con la pregunta.
 - Sí, quiero saber cuánto vale. - No puedo decirlo... no lo sé...

-Pues pregunta á tu amo. Algunos instantes despues acudió el fondista, y acercándose

à la mesa del inglés, este le repitió la pregunta: - ¿Cuánto vale ese árbol?

El dueño de la fonda que está acostumbrado á tratar con ngleses, y que por consiguiente sabe contemporizar con sus nanías, alzó la cabeza, miró al árbol con atencion como si ubiera querido tasarle rama por rama y acabó por decir:

- Caballero, este árbol vale mucho.

- ¿Cuánto pues?

- Lo menos 150 florines.

- Corriente.

Y el inglés sacó el bolsillo, tomó en él varias monedas de oro, y arrojándolas sobre la mesa, exclamó:

- Yo le compro, he ahi lo que vale. Ahora que vengan nombres para aserrarle al momento.

Las personas que se hallaban en el terrado y que habian oido esta conversacion no pudieron menos de soltar una carcajada unánime.

La madre y la hija tomaron parte en la hilaridad general, aunque demostrando no obstante cierta confusion, pues habian comprendido como todo el mundo que ellas tenian la culpa de aquella decision extravagante.

Por fin el fondista tomó la palabra.

- No se puede hacer lo que Vd. desea, dijo al inglés.

- ¿Y por qué motivo?

- Porque este árbol pertenece al patrimonio gran-ducal.

- ¿Pero no le ha vendido Vd.?

- No, señor; no puedo venderle; ya ve Vd. que no he tomado su dinero. - Pues yo quiero que Vd. le fome y que ese árbol vaya al

suelo al instante. El árbol no fué aserrado, y como la madre y la hija se le-

vantaran entonces de la mesa, el inglés no insistió mas en su demanda.

Este inglés, como se supo luego, era un jóven lord millonario hastiado de la vida, que habia salido de la Gran Bretaña con ánimo de precipitarse en algun abismo de los Alpes.

Parece ser que aquel amor repentino que se despertó en su corazon le hizo renunciar á su fatal propósito.

Buscó modo de presentarse à la madre de la niña objeto de su pasion, y no se dudaba que la madre aceptaria sus proposiciones matrimoniales.

Tenemos à la vista un libro curioso, el cual contiene una estadistica sobre el comercio de flores, tal como se hace en esta capital; este libro es debido á un sabio discípulo del baron Cárlos Dupin, que ha tomado esta vez las flores, como otras el carbon, sin mas objeto que el de presentar un total, no por amor à las rosas y à los claveles. Paris, que encierra hoy millon y medio de habitantes, gasta, segun parece, la enorme suma de 12.359,450 fr. en flores todos los años. El hecho es interesante y da materia á un crecido número de observaciones.

Hace treinta años Alfonso Karr consignaba que en el pequeno Paris de entonces habia tres mil jardines en balcones y ventanas, sobre todo en los barrios populares. Todos estos jardines son cultivados y cuidados con un esmero particular por las jóvenes de las casas. Las rosas, los claveles, los jazmines, los tulipanes y los pensamientos aparecen en esos jardines aéreos en el mes de mayo, por poco que ayude el sol; pero no es alli donde la elegancia parisiense va à buscar las flores que brillan en los jarrones de Sevres ó del Japon. El comercio de flores se hace en Paris en tres barrios principales; en el muelle especial junto al Palacio de Justicia, al lado de la iglesia de la Magdalena, y en el boulevard del Temple. Además hay varios mercados secundarios y un número considerable de tiendas donde se venden flores.

En cuanto á las ramilleteras ambulantes su número es infinito. Así que la primera golondrina nos anuncia la primavera, en las tres mil calles de la inmensa capital se oyen los gritos de las vendedoras.

En Paris una ley inflexible tiene proscrita la mendicidad; está rigorosamente prohibido pedir limosna á secas; pero no lo está el valerse para ello de un organillo, flauta ó violin, ó el ofrecer al transeunte un ramito de violetas. Este último recurso es el adoptado generalmente por las mujeres.

Ya que hemos hablado de violetas, apuntaremos que solo el comercio de las violetas se eleva en Paris á un millon de francos anualmente.

Y es de advertir que no comprendemos las violetas que gastan los perfumistas y los herboristas: sino solo las de los ramilletes grandes ó pequeños, mas bien las de los últimos que se dan á un sueldo.

En Paris este modesto ramito de violetas puede ser ofrecido por un elegante à una duquesa, por un artista à una elegante. por un banquero á una niña; se da y se acepta sin significa-

cion alguna. En cuanto á los grandes ramilletes rodeados con un pliego de papel blanco, estos significan siempre alguna cosa. Se envian à una casa para obtener un buen recibimiento por parte

de la señora; se dan en pago de un servicio, de una carta, de una sonrisa; los lleva el convidado que va á comer; se ofrecen invariablemente la vispera de los dias de una persona, etc., etc.

Por lo que toca á los ramilletes de amor, estos se menudean de un modo excesivo. Desde el dia que el novio se compromete, envia à la novia un ramo diario hasta que se realiza el casamiento. Bueno serà advertir que en el corazon del invierno, los ramilletes escogidos no cuestan menos de diez á quince francos. La fortuna es que entre los parisienses, los preliminares matrimoniales duran poco.

Paris no se surte de flores únicamente en los huertos de sus cercanías, pues á pesar de que estos son muchos, no podrian dar abasto, y es preciso recurrir á las provincias. Entre las ciudades productoras señalaremos en primeralinea Versalles, Angers y Tours; los ferro-carriles permiten á estos centros el hacer envíos de flores y de arbustos á Paris, que llegan á la capital con toda su frescura.

En conclusion, diremos que en Paris el comercio de las flores, tan considerable ya como se ve en estos ligeros apuntes. tiende à aumentarse cada dia, pues no hay casa particular, ni hotel, ni fonda, ni perfumeria, ni tienda de lujo, donde no es vean ramilletes de flores.

La tragedia está de enhorabuena; ha aparecido una estrella en su horizonte. Desde la muerte de la Rachel el repertorio de Racine y de Corneille estaba abandonado á los artistas del Conservatorio: de cuando en cuando el Teatro Francés ponia en escena una tragedia para el estreno de alguna jóven artista acabada de salir de las clases, y al dia siguiente se apresuraba á cambiar el espectáculo.

El teatro del Odeon ha sido mas afortunado; noches pasadas se ha estrenado en él Mlle Karoly, y la prensa se ha apresurado á consignar, que aun cuando esta jóven se halla muy lejos de poseer aun las cualidades necesarias para hacer olvidar à la eminente trágica que ha perdido el arte francés, sin embargo, su aparicion ha llamado la atencion del público.

En efecto, Mlle Karoly posee un talento incontestable: tiene energia, seguridad y firmeza en la ejecucion, mucha majestad y mucha armonia; á mayor abundamiento, sus actitudes, naturales todas, son dignas de la estatuaria antigua.

Si no basta todo esto, diremos que además es hermosa; su frente es alta y despejada, su mirada penetrante y viva; es alta y robusta, pero no carece de elegancia; sus ademanes son graciosos; su andar y sus movimientos naturales; por último, su voz es clara y vibrante, aunque algo gutural; quizá podrá corregir este defecto.

Representa el papel de Camila como Rachel, aunque sin imitarla servilmente; se conoce que la ha estudiado mucho. En las famosas imprecaciones demuestra un vigor admirable.

No sabemos hasta qué punto podrá Mlle Karoly recoger la herencia de Rachel; lo que si creemos es que con su perfecta diccion animada y armoniosa à la vez, sabrá poner à la moda nuevamente el repertorio clásico que estaba casi olvidado en estos últimos tiempos.

MARIANO URRABIETA

El Ciprés de la Sultana.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DE GRANADA.

ADVERTENCIA.

El Ciprés, llamado de la Sultana, ese árbol misterioso que goza una fama en el mundo conocido, se ostente majestuoso con su esbeltisima figura, su tronco robusto y su tétrico ramaje, como desafiando los tiempos y como mudo testigo de las escenas terribles y maravillosas que agitaron el imperio de los muslimes, en el delicioso jardin de Generalife, no lejos del palacio de la Alhambra de Granada. Los mas distinguidos viajeros de todos los paises lo han contemplado con admiración y respeto, y han adquirido sus astillas para colocarlas entre las mas preciosas antigüedades; y los literatos y los poetas han empleado sus plumas y los sones de sus liras en honor de tan dignísimo monumento; y mi débil musa, poseida de la sorpresa universal, ha consagrado las siguientes líneas á la admirable y sorprendente historia de Zoraida y del abencerraje Aben-Hamet; las que ofrece como fruto de su laboriosidad y aticion á las letras, y como justo tributo de admiracion à las tradiciones y recuerdos de aquella época memorable.

> En perfumados bosques de verdura Y en ráfagas de luz, carmin y oro Que el velo esparcen de la noche oscura, Generalife ostenta su tesoro: Brilla de ilustres damas la hermosura; La bandolina, el añafil sonoro, Con dulzoinas y guzlas concertadas, A la zambra convidan acordadas.

De nácar y alabastro entre colores Cien lámparas sus rayos esparcian, Con sus gratos y puros resplandores, Y en lujosos jarrones se veian Entre linfas de plata bellas flores Que en su eden delicioso se cogian; Con mudanzas y vueltas primorosas Danzaban las parejas amorosas.

Y el noble rey Boabdil y la sultana De su lucido séquito seguidos, Animaban la fiesta soberana De ricas galas y esplendor vestidos: Ella risueña, plácida, lozana, Entre insignes magnates escogidos; Y Musa y Aliatar, y otros guerreros Que aquella union celebran placenteros.

Y Aben-Hamet rendido y amoroso, De radiantes preseas adornado, En oculto selar espera ansioso, Inquieto, conmovido y agitado, Que del Muden (1) el eco religioso Convoque à los Muslimes, y alentado Piensa en su hurí, que con su amor lo incita, Y en el ciprés de Abut-Valid (2) lo cita.

Y en esto vió se acercaba Con paso tardo y pausado, Un bulto que recatado Al ciprés se encaminaba. Crugen sus ropas de seda, Y sus pliegues caprichosos Cubren sus piés cautelosos Donde el céfiro se enreda. Se extasía en su pasion; Ve su ventura cumplida, Y á su gacela querida Reconoce el corazon. Bajo aquel árbol de amores Ella se sienta postrada, Y se reclina embriagada Entre lindísimas flores. Y él audaz y cariñoso Corre, llega y desalado, Ante Zoraida postrado Le dice ledo y gozoso]:

«Por fin te ven mis ojos ; oh sultana Te ven con tu esplendor y tu pureza;

(1) Muden: santon árabe.

(2) Abut-Valid, uno de los reyes de granada que plantó el ciprés por complacer à una esclava.

Grato soplo de abril, rosa temprana,
Prodigando tu gracia y tu belleza:
Mas que el jardin de Hiran, linda, lozana.
Pues tu candor aumenta tu grandeza:
Mas que la viva lumbre esplendorosa
Luce en noche sombría y tenebrosa.

Tú me amas, huri, porque tu mano
Tiembla y se agita al encontrar la mia;
Porque tu esbelto talle y soberano
Al contacto de amor no se desvia;
Tú eres mi esposa; en tu querer ufano
Arde mi corazon, y el alma mia
Se exalta, se sublima y se engrandece,
Y su existencia al dios de amor le ofrece.
¡Garza real! de un gerifalte fiero
Entre las corvas garras oprimida;
Postrada ante su espíritu altanero,
Sigueme, mi gacela; envanecida

Postrada ante su espiritu altanero,
Sigueme, mi gacela; envanecida
Te llevará mi alfama al lisonjero,
Al hermoso pensil donde se anida
En el vergel de amor, libre, ardoroso,
De nuestra union al tálamo precioso.
Nada te faltará; y en tu grandeza
Chales de cachemir, perlas, diamantes,

Chales de cachemir, perlas, diamantes,
Adornarán tu cuello, y tu cabeza
Con gasas de Surate, entre brillantes
Y vistosos plumajes, su pureza
Mostrará entre sus bellos cambiantes,
Y nuestro amor cual astro luminoso
Olvidando á Abdallah, será dichoso.»

Zoraida, mustia, abatida,
Su letargo deponiendo,
A Aben-Hamet conteniendo
Le replicó dolorida:
«No expreses mas tu pasion,
Pues ya en la fronda se asoma
Acechando à la palama
En cetreria el halcon.

Mal segura tu cabeza
Sobre tus hombros se mira,
Y mal segura respira
Tu hidalguia y tu nobleza.
Vivi contenta, felice,
Sin conocerte ni amarte;
Mas al verte y admirarte
Mi dicha y mi bien deshice.
Admiré tu talle hermoso,
Tu mirar fué mi recreo,

Admire tu talle hermoso,
Tu mirar fué mi recreo,
Mi cumplido devaneo
Tu semblante cariñoso.
Te vi cual palma ostento

Te vi cual palma ostentosa,
Gallarda, altiva, arrogante,
Que se mece rozagante
En la Arabia calurosa.
Yo alimenté tu pasion,
Y segui libre y activa;
Mas conoci pensativa
Que ultrajaba á la razon.
Soy la sultana, mujer
Del que impera en este suelo,
Y ann en mi ardiente desvelo
No faltaré á mi deber.

Ama, goza, y en mi estado
Déjame sufrir mi pena,
Arrastrando la cadena
Que mi ventura ha turbado. »
— «Si no me amabas, gacela,

¿Porqué al ciprés me citastes
Y en mi pecho alimentastes
Este amor que me desvela?
Mala suerte me ha cabido,
Sultana, en haberte amado,
Y à mi corazon llagado
Con las flechas de Cupido.
Grazna el cuervo, y con presura
Su vuelo hàcia mi aproxima;

Su vuelo hacia mi aproxima;
Mas no tocara a la cima
De mi querer y ternura.
Guardete Ala: y si mañana
Ves pasar rauda y sombria
Frigida noche que al dia
Le roba su luz temprana,
Sera de mi triste suerte
La negra y tremula sombra,
¡ Luz de mis ojos! que asombra
Con la imagen de la muerte. »
Dijo: y su turbante hermoso
Con el albornoz cubierto,

Con el albornoz cubierto, Se retiraba resuelto Por el jardin silencioso.

Y Zoraida tembló: mustia, sombría, En su acerbo pesar se acongojaba; Y entre lágrimas tristes repetia Y con suspiros que su amor lanzaba, "Que triunfe la razon; y el alma mia Resista esta pasion que la humillaba." Y ocultaba su rostro entre sus manos, Y cubria sus ojos soberanos.

Y Aben Hamet al escuchar su lloro
Presuroso tornó, y arrodillado
«¡Luz de mis ojos! le dijo, yo te adoro
Mas que nunca rendido, enamorado:
Tú eres mi bien, mi dicha, mi tesoro:
Tú eres mi norte, ¡objeto idolatrado!
Amame, mi paloma encantadora,
Mi reina, mi sultana, mi señora.»

— «Aben-Hamet, tus métricos cantares Bajo mis ajimeces repetidos, Mi constancia turbaron; mis pesares Crecieron con tus ecos condelidos; Olvidaba las glorias de Comares En tu amor divagando mis sentidos; Mas un rayo de luz justo y celoso Me apartó de un abismo lastimoso.

Y la austera razon, la mancha odiosa Que iba à cubrir à mi altanero esposo, Y à mi inocente prole y candorosa, Me anunciaron un término espantoso: Te cité en este sijio, misteriosa, Para curar con mi desvio honroso Tu amor, que con pesar daré al olvido Huyendo de este árbol maldecido.

> Mas para calmar mi anhelo Déjame de tu querer Una prenda, que ha de ser Mi ventura, mi consuelo.»

Y el árabe la miraba
Conmovido, silencioso;
Y despues yerto, lloroso,
Rosas blancas arrancaba.
Tejió una corona hermosa
Y ciñéndola á su frente,
En su pecho un beso ardiente
Su boca imprimió ardorosa.

«Toma, mi bien, mi consuelo (Le repite), si algun dia Encuentras mi tumba fria En este liviano suelo, Pon en prueba del dolor Con que te oprime mi suerte, Sobre mi lecho de muerte Hojas secas en tu amor.»

Y en aquel triste momento
Se vió en la enramada umbrosa,
Como una sombra espantosa
Atravesar como el viento (1).
Y separándose en fin
En tan acerbo destino,
Por diferente camino
Entraron en el festin.

Y á aquel ciprés portentoso De altura y copa lozana, «El Ciprés de la Sultana» Le quedó por nombre honroso.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

La limosna.

A MI QUERIDO AMIGO DON JUAN DE LA ROSA CONZALEZ.

Ayer, cuando la nieve
En copos muda y lenta descendia
Flotante al aire leve,
Dejando la guitarra que tañia,
Un pobre me tendió la seca mano...
Y era el pobre tambien ciego y anciano.

Y un débil niño yerto
Vi en su regazo; livido capullo,
Que nunca en el desierto
De un aura dulce se meció al arrullo;
Con lloro acerbo sin cesar regado,
Y mustio al beso de la muerte, helado.

«Señor, — con sordas quejas Clamé, la airada vista en las alturas, — ¿Será verdad que dejas Sin tu amor á estas flacas criaturas, Tú, que su duelo y su miseria sabes; Que sustentas las flores y las aves?»

El anciano tañendo Segunda vez, las desacordes notas Sobre mi corazon iban cayendo Como trémulas gotas;

(1) La sombra fué la del mismo rey Boabdil, conducido á aquel sitio por los enemigos de la sultana.

Y mas que vagos sones, eran ellas Suspiros y sollozos y querellas.

No sé qué misterioso
Espíritu sublime arrancar pudo,
Qué genio milagroso
Tierno lenguaje al instrumento rudo,
Que allá en su fondo, un alma desterrada
Parecia dormir desesperada.

A su triste armonia,
A ese rocio de dolor, sediento
Mi corazon se abria,
Despertandose al par el sentimiento:
Así el agua de mayo el campo inunda
Y los dormidos gérmenes fecunda.

¡Oh sábia Providencia!
Si á un mísero mortal penas le diste,
Con pródiga elemencia
A santa compasion otros moviste,
Porque el hombre dichoso ame al que llora,
Y se cumpla tu ley consoladora.

¡Señor, yo te bendigo!
En caridad por ti mi alma se abrasa;
Dejando yo al mendigo
De mi menguado bien limosna escasa,
De sus ojos inmóviles, sin vida;
La engrandeció una lágrima caida.

Y con gozoso pecho Prosegui mi camino triunfante, Altivo, satisfecho; Y hubiérame envidiado en ese instante La no sabida paz que en mi se encierra El monarca mas grande de la tierra.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

¿La conoceis?

En el blanco cendal de la alborada En el ardiente sol del Mediodia, En el aire que mueve la enramada, En el cielo la ve mi fantasia.

Nunca á mis ojos su hermosura esconde, Nunca en mi oido se apagó su acento: En los rugidos de la mar responde, Habla en el vago susurrar del viento.

¡ Amor inspira y en amores arde, Emanacion de un astro refulgente Que flota sobre el aura de la tarde Y brilla entre la espuma del torrente!

La quiero, porque es mia desde niño; Yo la di su pureza y su hermosura: Es el centro de todo mi cariño, Es el foco de toda mi ventura.

¿La conoceis? Su patria es mi cabeza, Es hija de mi triste pensamiento; Por eso está pintada en su belleza Esta amargura en que morir me siento.

¡Ay! ¿Quién será, que à mi pesar la veo? ¿Y porqué entre sus ojos y los mios El eléctrico fuego del deseo Comunica los dulces desvarios?

¡Tal vez mitad de un alma dividida, Un espíritu mismo nos sostiene; Y así su vida alienta de mi vida, Y del propio delirio se mantiene!

¿La conoceis? A sus caprichos ata Mi juventud, tan rica en ilusiones... ¡Ay, ese amor que me consuela y mata, Es la Musa que inspira mis canciones!

Luis RIVERA.

La China.

LAS MISIONES RUSAS EN CHINA. — CURIOSAS NOTICIAS SOBRE EL EJÉRCITO CHINO.

La mision rusa de Pekin, que es puramente religiosa, se estableció con el consentimiento del emperador de la China, despues de una guerra entre los dos paises, durante la cual se hallaron trasportadas á Pekin todas las familias cosacas que habia en el fuerte de Albazin, situado en las orillas del Amur. El emperador de la China habia formado con estos cosacos una especie de guardia de corps que le ofrecia una gran seguridad; pero en el momento en que se firmó la paz entre los dos Estados, tuvo que permitir que se establecieran en Pekin dos conventos rusos con sacerdotes del rito griez



UN CHINO CON SU HIJO



EL CEPC

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

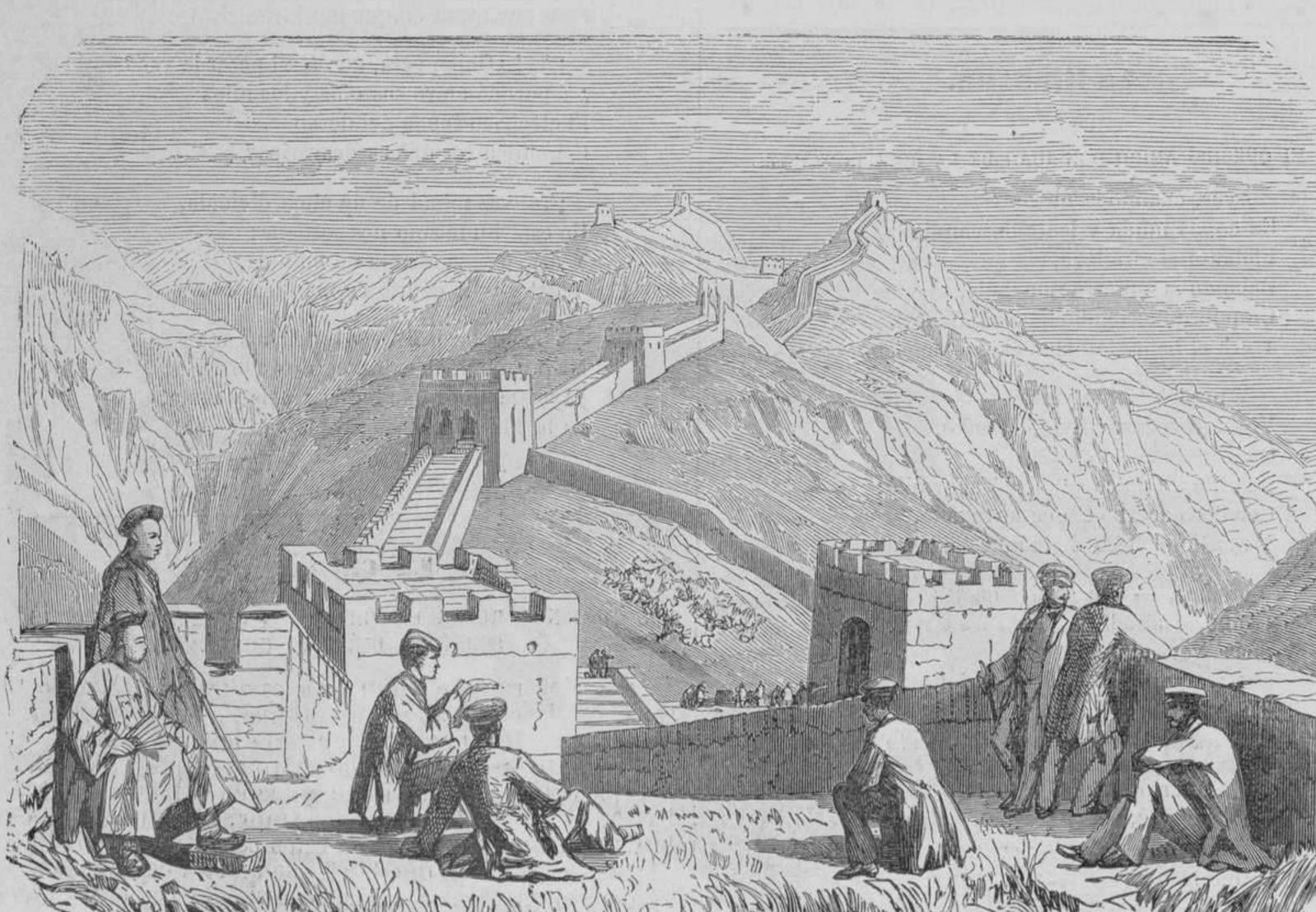
go, encargados de perpetuar el ejercicio de la religion cristiana entre los descendientes de los cosacos del fuerte de Albazin, que han conservado hasta el dia el nombre de albazianos, aunque hayan perdido enteramente el tipo ruso y se hayan convertido en verdaderos chinos por sus hábitos y fisonomías. Las dos iglesias subsisten todavía en Pekin; la una al Norte, antiguo templo budista, se halla en medio de las habitaciones de los aibazianos; de ese sitio se ha tomado la vista de la torre de Pekin, situada en el ángulo noroeste de la ciudad; la otra iglesia está en el centro mas animado de la ciudad, cerca del palacio imperial; es un antiguo palacio chino que han arreglado un poco los misioneros chinos. La iglesia es hermosa; está bien edificada y tiene una cruz que deja en el alma una impresion protunda, cuando se piensa en ese emblema enarbolado así en medio del Celeste imperio.

La mision rusa se compone de un archi-



UNA JÓVEN CHINA.

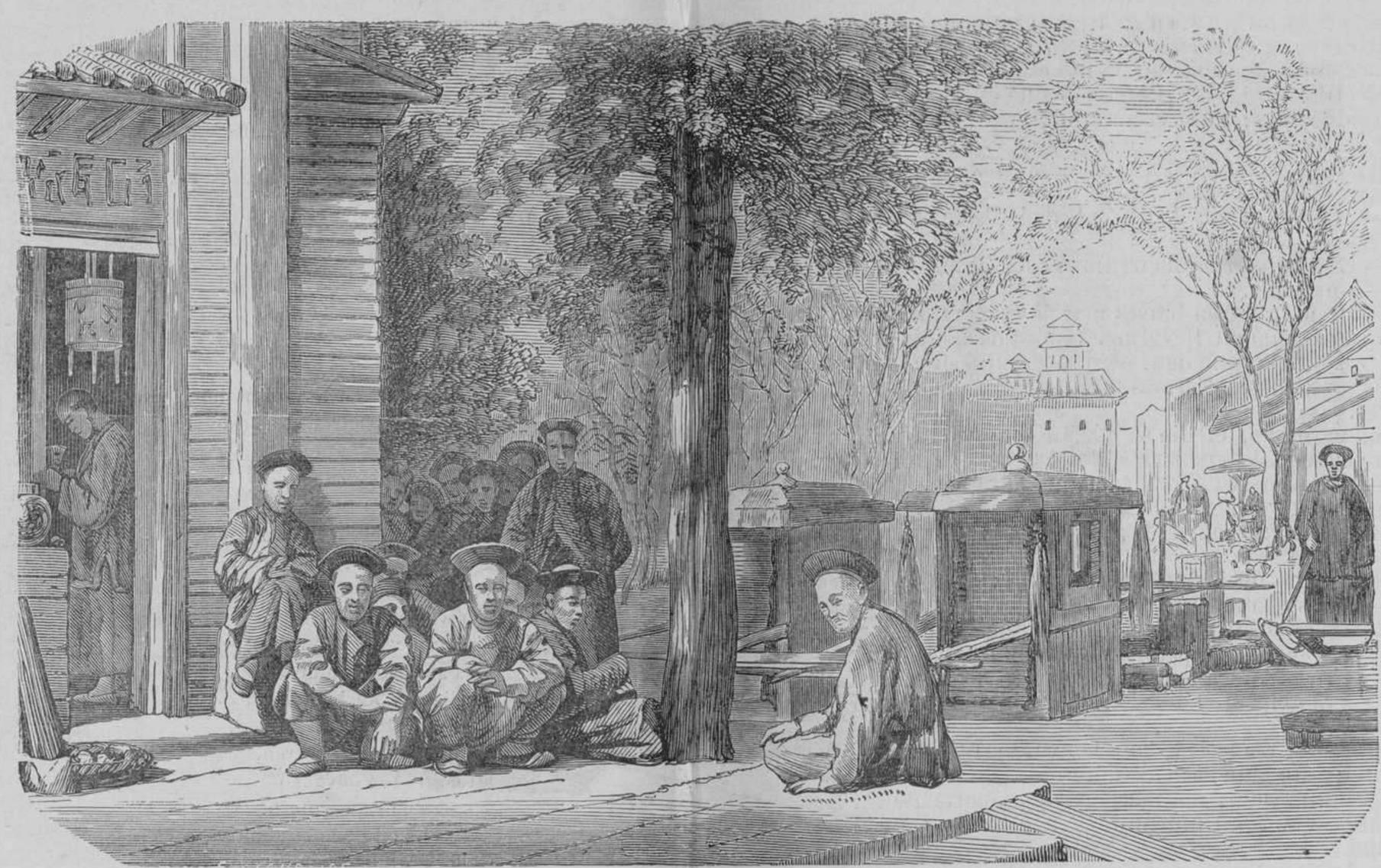
mandrita, jefe del convento, de tres sacerdotes, de un astrónomo cuyo observatorio está practicado en el convento del Norte, de un médico y de tres jóvenes que estudian las lenguas del pais: este personal se renueva cada diez años. La mision, para llegar de San Potersburgo á Pekin, atraviesa el Ural y toda ...



LA GRANDE MURALLA DE LA CHINA.



CAMPAMENTO DE LA MISION RUSA.



CHINOS QUE LLEVAN LOS PALANQUINES.



PERSONAL DE LA MISION RUSA DE PEKIN.

Siberia, á fin de pasar á Kiakta, ciudad fronteriza, depósito de todo el comercio del té. Ese viaje se hace en posta, en carros que se cambian en cada relevo, y por malos caminos que casi están impracticables en la primavera y en el otoño. La distancia, que es de unas 1,700 leguas, se atraviesa sin embargo por los correos en diez y ocho dias. De Kiakta á Pekin existe tambien un servicio de posta hecho por los mogoles; los viajeros no tienen mas vehículos que unos carricoches de dos ruedas guiados por postillones que caminan con una celeridad extraordinaria. En cuanto á los bagajes, se trasportan en camellos que se cambian tambien en cada relevo. La caravana de que formaba parte el autor de los curiosos dibujos que publicamos, se componia de ciento veinte caballos y de noventa camellos, cuyo alimento estaba asegurado por la gran abundancia de yerba que se halla en el desierto de Gobi, que hay que atravesar y que se extiende hasta la gran muralla. La distan-



UNA JÓVEN CHINA.

cia entre Kiakta y Pekin es de 400 leguas, que se atraviesan en veinte dias, descansando por las noches en los yurts, tiendas de fieltro de los mogoles Los correos rusos tardan de Pekin á San Petersburgo cuarenta y un dias, deteniéndose uno ó dos en la frontera.

Pekin ofrece una gran decepcion al viajero



MUJERES CHINAS.



CARRETON CHINO.



LA TORRE DE PEKIN.

que le visita. Su posicion en una gran llanura y las murallas que le cercan, no permiten que se distinga la ciudad sino cuando se han pasado las puertas. Entonces en lugar de las maravillas que se esperan, se entra prosáicamente en una calle muy ancha, pero llena de basura; un polvo negro y pestifero sofoca al viajero; se distinguen hasta lo infinito chozas bajas y ruinosas. En los primeros instantes cree uno que está en un arrabal, pero al fin cuando se han recorrido dos leguas en linea recta, se nota que no hay cambio ninguno. Los únicos objetos dignos de señalarse son las murallas citadas ya y algunos monumentos. No hay otra agua que la que traen de manantiales vecinos:

Los rusos hallan una gran libertad de accion en las calles de Pekin; pueden recorrer la ciudad en todos sentidos sin la menor dificultad, entrar en todas las tiendas y circular por todas partes sin el menor peligro. Su único tropiezo es el hallar á cada paso una enorme cantidad de pobres que se pudren literalmente en las calles, sin que les den ningune de los socorres que sin embargo ha organizado el gobierno chino con mucha generosidad para ayudar á esa infortunada poblacion, socorros que van à parar al bolsillo de los encargados de repartirlos. El individuo representado en uno de nuestros dibujos, que sufre el castigo del cepo, es un oficial de policía del barrio de la mision rusa, que imponia à los mercaderes una contribucion muy elevada, y que acabó por alejarlos à todos. — Ese estado de cosas no cambió sino cuando aquel funcionario estuvo expuesto á la puerta de la mision por espacio de mas de ocho dias, teniendo en la garganta el madero donde estaban escritos los motivos de su condena.

Entrando ahora en los asuntos de actualidad, diremos que las últimas noticias recibidas de China anuncian que los soldados chinos se alaban de que ninguno de los diablos rojos y azules, — franceses é ingleses, —

volvera a Europa.

Cada gallo canta en su gallinero, y los chinos tienen privilegio para decir dentro de casa cuantas fanfarronadas se les antoje. Con respecto al valor de estas se puede formar una idea aproximada, leyendo una obrita muy curiosa que acaba de publicarse sobre la organizacion militar del ejército chino, y de la cual vamos á extractar los párrafos mas interesantes.

Todas las fuerzas de mar y tierra del Celeste imperio

se dividen en dos grandes secciones, que son:

Primera: las tropas de las ocho banderas, compuestas de tártaros, mantchoux, mongoles y Kan-kiun, ó chinos pertenecientes á la dinastía tártara.

Segunda: las tropas de la bandera verde, lou-yng, que á excepcion de algunos oficiales superiores, están

enteramente compuestas de chinos.

Además de estos dos ejércitos hay en cada distrito una fuerza institui la para velar por la seguridad general, mantener la obediencia y conservar el orden y la paz. Esta fuerza armada se llama hou-ouei-kiun ó guardia municipal. En tiempo de guerra cada distrito da cierto número de y yong o voluntarios, los cuales forman el cuerpo de y-kiun. Estos soldados se apellidan los valientes, no por su valor personal, sino por dos caracteres chines berdades en su uniforme, que expresan esa cualidad.

Las tropas de las ocho banderas y los lou yng forman un efectivo de 900,000 hombres, sin contar con los militares feudatarios esparcidos en las dos Mangollas y el Thibet. Este número nada tiene de exagerado si se atiende à la inmensa extension de su imperio y à su

extraordinaria poblacion.

Todas esas tropas son muy poco militares y muy irregulares, pues en China, propiamente hablando, no hay mas cuerpo militar regular que la guardia impe-

rial mantchou y mongola.

El espíritu de division infinita ó mas bien de categorías y jerarquías, de distinciones y grados, ha hecho que se den diez y ocho designaciones particulares á las clases superiores é interiores de los nueve rangos. Hé aqui su enumeracion.

1. Kouan-lou-ta-fou; excelencia de brillante renom-

bre.

- 2. Yon-lou-ta-fou; excelencia de glorioso renombre. 3. Tsen tching-ta-tou; excelencia de administracion meritoria.
- 4. Tchong-fong ta-fou; excelencia que en todas partes debe recibirse con respeto.
- 5. Tchong-y-ta-fou; excelencia de universal consideracion.
- 6. Tchong-hien-ta-fou; excelencia que goza de mediana consideracion.
- 7. Tchong-tching-ta-fou; excelencia de modelo mediano.
- 8. Tchao-y-ta-fou; excelencia considerada en la córte. 9. Fong-tching-ta-fou; excelencia cuya administracion inspira respeto.
- 10. Fong-tchi-ta-fou; excelencia cuya rectitud tiene derecho al respeto.
- 11. Tching-to-lang; honorable en virtud asistente. 12. Pou-ting-lang; honorable de la clase letrada, y Pou-to-lang; honorable de virtud conveniente.
- 13. Wen-lin-lang; honorable de la clase instruida; é I-i-lang; honorable de consideracion conveniente.
- 14. Tchong-sse-lang; honorable que llena sus funciones de un modo conveniente. 15. Sieou-tchi-lang; honorable que se ocupa cuida-
- dosamente de su mandarinato. 16. Sieou-tchi-tso lang; honorable en segundo grado
- del anterior. 17. Teng-see-lang; honorable susceptible de ascender en graduacion.

18. Teng-see-tso-lang; honorable en segundo grado del anterior.

Todas estas sutilidades indican por cierto un espíritu poco militar. Veamos ahora algunos pormenores acerca

de los ejercicios.

Los chinos se ejercitan mas bien para volatineros y saltimbanquis que para soldados. Seis veces al mes tienen ejercicios en la escala de asalto y cada vez hacen tres disparos con el arcabuz de mecha. Seis veces al mes luchan á caballo, y como jinetes adquieren una agilidad maravillosa, llegando a cambiar de montura á todo galope; en estos ejercicios hacen tres disparos con el arcabuz de mecha, disparan tres flechas, y fingen el ataque y defensa con un sable ó un látigo de hierro. Seis veces al mes se ejercitan en el manejo del arco á caballo y á pié. Dos veces al año y durante doce dias seguidos se ejercitan en tirar al blanco con el arcabuz de mecha; cada hombre hace cinco disparos diarios, y es recompensado ó castigado segun el buen ó mal resultado que obtiene.

La artillería chinesca es un accesorio de lujo que siempre y en todos casos les ha servido de estorbo, con lo cual no se la puede achacar que no sirve para nada.

El código penal militar tiene la gran ventaja de ser tan corto como claro, por lo cual lo reproduciremos integro.

Artículo 1º Todo militar que en una accion no avance cuando suene el tambor ó el gong, será decapitado.

Art. 2º Todo militar que en un movimiento ganando terreno se quede rezagado ó murmure en las filas, será decapitado.

Art. 3º Todo militar que en una accion rehuse obedecer la órden de redoblar ó cesar el redoble de tambor o de gong, será decapitado.

Art. 4º Todo militar que habiendo sido encargado por el general de trasmitir una órden secreta, se atreva á aumentar ó disminuir su contenido, ó trasmitir una órden que no haya recibido, será decapitado.

Art. 5° Todo militar que habiendo recibido una órden secreta, comprometa una empresa por divulgarla, será decapitado.

Art. 6º Todo militar, oficial ó soldado, que mate un súbdito del Estado y despues de este crimen le acuse de

traicion, será decapitado. Art. 7º Todo militar que se apropie el mérito de otro, invente historias sobre grandes hechos falsos, ó exagere los servicios que haya prestado durante la campa-

ña, será decapitado. Art. 8º Todo militar que en campaña ó en marcha oprima á la poblacion indígena ó extranjera; la obligue á vender ó comprar lo que no quiera, cause graves daños á su propiedad ó viole á las mujeres, será deca-

pitado. Art. 9º Todo militar que asuste á sus camaradas con cuentos sobre espíritus y demonios, será decapitado.

Art. 10º Todo militar que en campaña se finja enfermo, será decapitado. — Pero si estuviese realmente enfermo y no hubiese sido examinado por el médico del cuerpo y no se hubiese dado parte al oficial comandante, los sargentos de la compañía del enfermo recibirán de 40 á 50 palos, y á los cabos se les atravesará las orejas con una flecha.

Art. 11º Todo militar que ande al rededor del cuartel general con objeto de escuchar las conferencias se-

cretas del general, será decapitado. Art. 12º Todo militar que enviado de descubierta tenga miedo, y por un informe falso haga abortar una

empresa, será decapitado. Art. 13° Todo militar que mate un caballo extraviado con objeto de comérselo ó de venderlo, será deca-

pitado. El sistema de recompensas no es menos extraño y

extravagante que el de castigos.

Un oficial ó soldado de las banderas puede recibir 50 taels—pfs. 75, por una herida de primer órden, ó 40 taels, pfs. 60 si la herida es de bala perdida; los lou-yng reciben 30 taels. Los marinos que se salvan de un naufragio reciben honores, pero nunca dinero. — Todo año de campaña se cuenta por dos años de servicio. Las acciones de valor é intrepidez se recompensan con ascensos, y en el informe de las propuestas se pone; — el bisabuelo del solicitante recibió tantas heridas en tal guerra; su abuelo murió en tal accion; su padre ó su hermano se distinguieron en tales combates; - pero tambien se ponen todas las faltas voluntarias é involuntarias que han cometido.

Terminaremos este resúmen manifestando que la inferioridad de los chinos es un hecho comprobado. Y no es porque carezcan de valor, pero su valor es puramente pasivo y carecen de esa energía militar, de esa impetuesidad en el ataque, de esa prontitud en el golpe de vista, de esa espontaneidad de accion que distinguen al verdadero soldado. Saben sufrir y morir sin murmurar, pero no saben batirse. En apoyo de esto citaremos solo dos ejemplos. Un chino, herido en la pierna derecha, fué hecho pris onero y conducido al hospital de sangre. La herida era de tal gravedad que fué preciso hacer la amputacion. El paciente sufrió la operacion con calma estóica, y terminada alargó la otra pierna, creyendo que ese era un suplicio que los bárbaros, como ellos llaman á los extranjeros, reservaban á los prisioneros de guerra. Otro chino prisionero se arrojó en un pilon lleno de agua y tuvo la increible energia de estarse quieto hasta que se ahogo.

Los chinos no se apuran por el quizá: positivistas ante todo, solo se apasionan heróscamente del dinero. Despues de la última tentativa on los rebeldes sobre

jefe, sabiendo que le descuartizarian, y solo porque la suma que le prometieron era bastante considerable.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

- Animo, Phineas: cerca de aquí hallaremos un gran monton de paja, donde podreis descansar un rato; una hora mas ó menos nada importa; llegaremos á vuestra casa al amanecer.

Yo respondi apenas; me parecia que nunca llegariamos. Me arrastré durante un momento, ó mejor dicho, John me arrastró; luego las estrellas, los campos, los prados, el camino, se confundieron á mi vista y desaparecieron; perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me encontré tendido á la orilla de un arroyuelo junto á la carretera y con la cabeza apoyada en las rodillas de mi amigo, que me echaba agua en las sienes y en la frente: yo no le podia ver, pero oia sus gemidos.

John, tranquilízate, pronto estaré mejor.

— ¡Oh! ¡Phineas! ¡He creido que estábais muerto! No dijo mas; pero creí ver algunas lágrimas rodar por sus megillas.

Traté de levantarme: una débil luz comenzaba à despuntar hácia el Este.

- ¡Cómo! ¡Ya es de dia! ¿A qué distancia estamos de Norton-Bury?

- Estamos cerca; no os movais, os llevaré.

— Imposible.

— Os he traido en brazos mas de media milla.

Y se empeñó en llevarme. Ignoro de dónde sacó las fuerzas que le sostenian, pero lo cierto es que me llevó en brazos hasta Norton-Bury, descansando algunas veces.

Sin embargo, el dia se adelantaba; y era ya muy claro cuando llegamos rendidos á la casa de mi padre. — ¡Alabado sea Dios! exclamó John dejándome en

el peristilo, ya estais en casa. - ¿Y tú no entras? ¿No querrás abandonarme ahora?

Reflexionó un instante y respondió:

— No os abandonaré.

Alzamos hácia la casa una mirada inquieta; me parecia que nadie nos esperaba; las ventanas estaban cerradas. Todo parecia sumergido en el silencio del descanso. El golpe que dió John à la puerta se quedó un buen rato sin respuesta.

Yo estaba demasiado cansado para sentir nada vivamente; pero aquellos cinco minutos de espera me parecieron un siglo; no habria podido soportarlos sin las palabras que John murmuraba á mi oido para alentarme.

- Animo, Phineas, yo cargaré con todo. En suma, no hemos cometido un crimen, y bien caro hemos pagado nuestra locura.

Mi padre abrió al fin la puerta. Estaba vestido como de costumbre, y en su semblante no se veia pintada ninguna emocion. ¿Habia velado toda la noche? ¿Habia estado demasiado inquieto? Nunca lo he sabido.

No pronunció una sola palabra; nos hizo entrar y luego cerró la puerta.

Al punto comprendimos que lo sabia todo. No nos engañábamos: un vecino que habia llegado de Coltham en carruaje, habia dicho à mi padre donde estaba vo, en el teatro, — en el último lugar donde debia ser visto el hijo de un cuákero.

Comprendimos igualmente que mi padre abrió las ventanas no para saber la verdad, sino para poner en evidencia mi confusion. Luego se volvió hácia mí y me dijo:

- Phineas, ¿dónde has estado?

John respondió por mí:

- En el teatro, en Coltham; yo tengo la culpa; Phineas no ha hecho mas que acceder à mi deseo. - ¿Y porqué deseabas ir?

¿Porqué? la respuesta era difícil.

- ¡Oh! M. Fletcher, ¿no habeis sido jóven como vo? Mi padre no respondió; John recobró ánimo.

- Yo tengo la culpa, repito; quizá he hecho mal, ahora lo veo, pero ; la tentación era tan fuerte!... Mi vida es tan monótona, que a veces puedo desear algun cambio, alguna distraccion.

— Se cumplirá tu deseo. Aquella voz tranquila y lenta nos dejó petrificados. — ¿Cuánto tiempo has gastado en combinar ese

- Ni un dia ni una hora; ha sido un capricho repentino.

Mi padre meneó la cabeza con aire incrédulo y des-

preciativo. - M. Abel Fletcher, ¿os he mentido jamás? Si no me creeis, creed à vuestro hijo. Preguntad à Phineas..... ¡Oh! no; no le pregunteis nada; exclamó corriendo al sofa en donde yo me habia dejado caer. Phineas, muy cruel he sido con vos!

Quise sonreir porque no podia hablar; pero mi padre le rechazó.

Yo basto para cuidar á mi hijo. Ya no le llevarás

al mal... anda, thien me has engañado! Si mi padre se hubiese entregado à una cólera vio-Canton, un chino consintió en le cer el papel de un lenta, si nos hubiese reñido fuertemente, empleando

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

todas las expresiones ofensivas de los hombres de mundo, lo habriamos soportado con valor; pero aquel tranquilo «; Anda, bien me has engañado! » era peor mil y mil veces.

John clavó en él una mirada suplicante.

- Te repito que me has engañado; me habias parecido un jóven segun mis deseos: tenia en tí la mayor confianza... por dar gusto á mi hijo, queria asociarte á mi comercio... pero ahora...

Hubo una pausa: John dijo al fin con acento altogado:

- Merezco lo que me sucede ; quizá podré ganar la

vida en otra parte... ¿ Debo partir?

Abel Fletcher vaciló un instante, miró al pobre jó-

ven que estaba de pié delante de él, y luego respondió: - No es eso lo que quiero, al menos por ahora.

yo lancé un grito de alegría: John se llegó á mí y me estrechó la mano.

- John, ¿no te marcharás?

- Ne; me quedaré para rehabilitarme á los ojos de vuestro padre; no tengais cuidado, no os dejaré...

- Debes dejarle, interrumpió Abel Fletcher.

- Pero... - Ya lo he dicho, Phineas; no le acuso ni de un crimen, ni de una falta de probidad, sino de haber cedido cobardemente á las tentaciones del mundo, y de haberte arrastrado á ceder mediante su ejemplo. Por eso le conservaré como dependiente; pero como compañero de mi hijo, ¡ nunca!

Comprendimos que este « nunca» era irrevocable, y sin embargo, en mi desesperacion traté de luchar con-

tra esta sentencia... pero fué inútil.

John guardaba silencio.

- Tranquilizaos, Phineas, me dijo al fin en voz baja; vuestro padre tiene razon, al menos segun su punto de vista. Dejadme partir.... quiza volveré un dia, sino...

Pero yo murmuraba palabras amargas, y apenas sabia lo que decia.

Mi padre sin hacer caso llamó á Jael.

Antes de que llegara, tuve yo la fuerza suficiente para despedirme de John.

- ; Adios! ; Adios! No me olvides.

- No, jamás, exclamó; y si vivo, volveremos á ser amigos. ¡Adios, Phineas!

Y salió. Cumplió su promesa y permaneció en la tenería; pero desde entonces, aunque de tiempo en tiempo dia nablar de él, pase dos años sin ver una sola vez á John Halifax.

VII.

Era el año de 1800, conocido durante largo tiempo en Inglaterra con el nombre de the dear year (el año caro). La generacion actual no puede formarse una idea de aquella época terrible en que la guerra, el hambre y los motines se dieron la mano, sin que ninguna fuerza pudiera contener las desgracias.

La injusticia y la arbitrariedad habian abierto un abismo entre la clase alta y la clase pobre. Los ricos oprimian á los pobres, y los pobres aborrecian á los ricos, aunque se inclinaban delante de ellos servilmente. Ni los unos ni los otros tenian bastante religion para borrar valerosamente la línea de demarcacion, y probar estos que eran hombres, y aquellos que conocian los deberes que les imponian su nacimiento y su superioridad intelectual.

Estos tumultos que reinaban por todas partes, no tardaron en hacerse sentir en nuestro pueblecillo de Norton-Bury. En cuanto á mí personalmente, me hacian poco daño, ó al menos parecian errar como pájaros maléficos en torno de la casa paterna, donde yo celebraba consejo con mi compañera ordinaria, la pa-

ciencia; pero estos dos últimos años habian sido terribles para mí.

Aunque mis padecimientos físicos fuesen tales que en general se abstuvieran de hablarme de los negocios de este mundo, yo tenia sin embargo como una secreta intuicion de que las cosas iban mal dentro y fuera de la casa. Jael se quejaba en voz baja de los recursos limitados de que disponia, ó se lisonjeaba orgullosamente de su talento en saber hacer mucho casi con nada. La frente de mi padre se oscurecia cada vez mas, tanto que yo no me atrevia á decir una palabra que tuviera relacion con la idea fija de mi existencia: el regreso de John Halifax.

John continuaba de dependiente de mi padre, y aun recelaba yo que llenaba en la casa un empleo mas importante, pues habia oido hablar de sus largos viajes

por Inglaterra para comprar trigo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Abel Fletcher habia anadido á su industria la explotacion del molino que tenia al lado, cuyo ruido monótono nos era tan familiar á John y á mí en nuestra niñez.

Pero mi padre no hablaba nunca de estos viajes, y rara vez pronunciaba el nombre de John; podia emplearle y hasta prodigarle su confianza comercial; en

cuanto à le demas era inexerable. Y John no lo era menos; no podia admitir el tener relaciones clandestinas, ni aun en beneficio mio. Yo sabia que no atravesaria jamás el umbral de la casa de mi padre antes de poderlo hacer abierta y noblemente. No me habia escrito mas que dos veces, con motivo de mi cumpleanos: mi padre me habia entregado silenciosamente sus cartas no cerradas, en las que me expresaba lo que yo sabia, que conservaba y conser-

varia siempre el primer lugar en su corazon. Nada mas que eso.

Observé tambien que un muchacho que desempeñaba las tristes funciones del pobre Bill, se habia introducido en la casa de un modo ú otro en calidad de mensajero.

Mas tarde supe que se llamaba Jem y que era hijo de Sally Watkins. Era un mozo muy despierto y entendide, decia Jael, cuyos favores habia sabido gran-

jearse.

Cuando le encontraba yo en la casa ó en el jardin, se convertia en el page mas cuidadoso que puede tener un enfermo; salia al encuentro de todos mis deseos, y me servia con un celo que entonces no me explicaba yo; despues comprendí el misterio.

El verano estaba adelantado. Jael solia decirme á la la vuelta de sus paseos que los trigos prometian una

triste cosecha.

Y luego echaba una mirada de reojo á nuestro molino, cuya rueda permanecia tan inmóvil como el domingo algunos dias de la semana; pues esperando una cosecha que podia ser peor que la del ano último, mi padre juzgaba prudente tener su trigo encerrado; pero Jael meneaba la cabeza con un aire discreto.

Un dia de mercado llegó muy agitada, diciendo que se habian reunido muchos hombres en torno del molino, los cuales no se habian retirado sino cuando les

habló John Halifax.

Desde aquel dia ya no me permitió que fuera a pasearme bajo los árboles del patio de la abadía; apenas consentia en que me sentara junto á la pared del jardin, punto que me gustaba porque de allí contempla-

ba el curso tranquilo del Avon.

Un domingo, era el 1º de agosto, mi padre habia vuelto mucho mas tarde que de costumbre de su asamblea de los Amigos, pues aquel dia era el aniversario de su casamiento, y habia ido, segun su costumbre, como me dijo Jael, al campo santo de los cuákeros, donde mi pobre madre yacia lejos de todos los mios.

Aquel domingo comencé à ver claramente que iban muy mal las cosas. Abel Fletcher se sentó á la mesa con aquel semblante triste de que he hablado ya, y que entristecian mas aun las arrugas que habia trazado en él el dolor físico; pues à pesar de su sobriedad no habia podido libertarse de su enemigo hereditario, la gota, y habia padecido mucho en la última semana.

Llegó el doctor Jessop, y yo me aproveché de su llegada para irme à sentar en mi puesto favorito en el jardin. Me puse á mirar como de costumbre las praderas y los campos que se extendian mas allá del Avon, y noté que el trigo à medio granar habia sido cortado, y estaba reunido en pequeños montones dispersos aquí y alla en los campos.

Cuando se fué el doctor, mi padre me llamó y mandó á todos los criados de su casa que fueran á su lado. Jem se deslizó humildemente detrás de Jael.

Era evidente que mi padre tenia algo de inusitado, pues su pipa apagada estaba sobre la mesa, y el vaso de cerveza que tomaba siempre despues de comer se habia quedado intacto.

Primero se dirigió á Jael y la dijo:

— ¿Eres tú quien ha hecho hoy la comida?

- Si, senor.

— Pues no quiero mas comidas así en lo sucesivo: nada de pasteles; pan de trigo, y no mas de lo justo. Nuestros vecinos no dirán que Abel Fletcher tiene harina en abundancia en su molino y en su casa, en tanto que el hambre reina en el pais; ten cuidado, Jael.

— Ya lo tengo, respondió Jael con resolucion. No puedes decir que prodigo nada de lo que te pertenece; y por mi parte, ¿no tengo compasion del pobre? El domingo pasado una mujer me echó en cara que yo gastaba buena harina en almidon; hoy mira lo que hago.

Y alzando la cabeza mostró con aire imperioso su cuello que ordinariamente estaba muy almidonado, y que era entonces una muselina amarillenta y ajada. ¡Pobre Jael! Yo sabia cuánto habia debido costarle este sacrificio, y sin embargo no pude menos de sonreirme; mi padre tampoco resistió á la tentacion.

- ¿Te burlas de mí, Abel Fletcher? exclamó encolerizada. No prediques á los otros en tanto que el pe-

cado está sobre tí.

Estoy bien seguro de que la pobre Jael no queria chancearse cuando se adelantó gravemente hácia mi padre señalando con el dedo su cabeza calva donde apenas se distinguia un polvillo blanco.

Abel Flecher sostuvo el asalto con firmeza, y se con-

tentó con decir: - Mujer, calla.

- No, exclamó Jael, en tanto que el pobre pueblo padezca por el hambre en Norton-Bury, y en tanto que los ricos se nieguen á vender el trigo á un precio justo, ten cuidado contigo Abel Fletcher.

Mi pobre padre pareció que sentia de repente un dolor agudo; ¿se debe atribuir á su gota, ó á su con-

ciencia?

Jael dió punto á su ataque, despidió á los demás criados, y prodigó á su amo las atenciones acostumbradas.

En sus accesos de gota mi padre, al revés de los demás hombres, era un enfermo muy fácil de cuidar. Aquel acceso fue largo y doloroso; cuando al fin se vió un poco aliviado, nos encontramos él y yo sentados solos en el gran salon bajo.

- Phineas, me dijo, la tenería va mal desde hace algun tiempo; yo me habia prometido que el molino repararia todo eso, pero me he engañado. ¿Sentirias mucho, hijo mio, quedarte algo mas pobre à mi muerte?

- ; Padre mio!

- Pues bien, dentro de algunos dias comenzaré á vender mi trigo como ese jóven me lo aconseja hace algunas semanas. Es un muchacho entendido y yo me hago viejo; quizá tiene razon.

- ¿De quién hablais, padre mio? pregunté yo con

hipocresia.

— Ya lo sabes, de John Halifax.

Juzgué prudente no añadir nada, pero me prometi no dejar escapar la ocasion de contribuir à les proyectos de mi padre que eran tambien los mios.

A la otra manana se fué como de costumbre à la tenería. Yo pasé aquella mañana en mi cuarto que daba al jardin: no veia mas que los árboles cuyas ramas se movian, ó los pájaros que saltaban sobre la yerba; no oia mas que las campanas de la abadia, é ignoraba lo que pasaba en el mundo, en el pueblo y aun en la calle vecina.

A la hora de costumbre bajé al comedor y esperé à mi padre una, dos y tres horas.; Cosa extraña! Nunca faltaba sin prevenirnos. Despues de vacilar un rato cedí á las instancias de Jael que andaba por la casa muy inquieta, y me resolví á enviar á Jem Watkins á la tenería para que se informara dónde estaba su amo.

Jem volvió con malas noticias. La callejuela que conducia á la tenería estaba invadida por una muchedumbre furiosa. La paciencia de los pobres de Norton-Bury se habia acabado; seguian el ejemplo de otros; el precio excesivo del pan habia promovido un motin:

Solo Dios conoce el horror de aquellos movimientos populares cuando los hombres exasperados se sublevaban, no por satisfacer un patriotismo ciego y sanguinario, sino para procurar pan á sus mujeres y á sus hijos. Solo Dios sabe lo que pasaba en el fondo del corazon de aquellos desgraciados que designaban con el nombre de populacho, cuando cada uno de ellos tomaba las armas diciendose que debia optar entre morir de hambre ó ser aborcado.

Sin embargo, el alzamiento no era general en Norton-Bury, pues aquel pobre pueblo se hallaba agobiado casi siempre por las calenturas y las viruelas. Jem nos dijo que el desórden no pasaba del molino y de la tenería.

- ¿Y dónde está mi padre?

Jeni no lo sabia y parecia que nada le importaba. - Jem, es preciso ir á buscar á mi padre. — lré yo, respondió Jael poniéndose la capa.

Yo la segui à pesar de que ella no queria. La teneria estaba desierta; una parte de la muchedumbre habia ido al molino, y la otra se habia dirigido á otro molino situado mas abajo en el rio. Yo pregunté à una pobre mujer que estaba temblando, si sabia dónde se hallaba mi padre, y me respondió que creia habia salido en busca de la policía.

— Pero M. Halifax está en el molino, añadió: pienso

que no le sucederá nada malo á M. Halifax.

A pesar de mi inquietud, experimenté un secreto sentimiento de placer. Yo no habia estado en la teneria hacia acerca de tres años; ignoraba que á John le tratasen ya con tanto respeto.

No tenia mas que hacer que esperar la vuelta de mi padre; que no habia de tener la imprudencia de ir al molino... jy John estaba alli!... Mi corazon se desola-

ba, pero mi deber era esperar á mi padre.

Jael se sentó, y de tiempo en tiempo se levantaba y daba algunos pasos con mucha inquietud. Yo me fuí á lo último del patio desde donde podia distinguir el molino. ¡Qué media hora tan terrible! Por fin, rendido de cansancio, me senté sobre un monton de cortesas pensando en mi amigo.

- Ahora debe tener mas de veinte años, me dije; ¡quisiera saber si ha cambiado!...

prestaba atencion al menor ruido.

En el mismo instante oí unos pasos; alguien atravesaba el patio. No era mi padre. Yo me levanté exclamando:

- ¡John! -; Phineas!

¡An! ¡qué apreton de manos! ¡ con qué orgullo, con qué satisfaccion le contemplaba! Su rostro era el mismo; pero habia crecido mucho, era ya un hombre.

Permanecimos absortos en nuestra alegría durante un minuto; en fin, dejando caer nuestras dos manos, John me dijo con voz precipitada:

-- ¿Dónde está vuestro padre?

-; Ay! Bien quisiera saberlo; me han dicho que ha ido á buscar á la policía.

- ¡Oh! no, jamás haria eso. Debo ir á buscarle; adios.

-; John!

- No puedo quedarme con vos, dijo con firmeza, en tanto que vuestro padre me lo prohibe. Debo irme.

Y se alejó. Aunque mi corazon se desgarrase, mi conciencia aprobaba la conducta de John. Pero me preguntaba como sucedia que el que nunca habia conocido á su padre, respetara tan religiosamente los deberes de la obediencia filial. Los huérfanos de nacimiento suelen acatar mas el ideal de un lazo que les es extraño, que aquellos que le han conocido, excepto sin embargo los que han tenido la gran felicidad de ver ese ideal realizado para ellos. Paréceme que esto deberia servir de lección à esos padres que no habiendo cumplido jamás con ninguna de sus obligaciones, reclaman sin embargo ese nombre de padres para mostrarse tan exigentes con sus hijos.

Algunos minutos despues ví à John entrar con mi padre en la teneria. John hablaba con animacion y mi padre le escuchaba; pero no parecia que sus argumentos convenciesen á mi padre. Inquieto, pero firme como una peña, mi anciano padre se habia detenido y ponia su pié doliente sobre un monton de pieles. Yole salí al encuentro.

- Phineas, me dijo John con aire suplicante, venid á ayudarme... No, Abel Fietcher, añadió con fiereza en respuesta á una mirada recelosa de mi padre; nos hemos encontrado hace diez minutos, no mas, y apenas nos hemos dicho una palabra. Pero no hay tiempo que perder; ayudadme á persuadir á vuestro padre que salve sus bienes; no quiere recurrir a la justicia, porque es cuákero; lo que por otra parte quiza anularia este recurso.

— Sin duda alguna, repuso mi padre con sonrisa amarga.

- Peropuede defender sus bienes por sus servidores, y no insistir en ir al molino en persona.

— Iré, repuso Abel Fletcher, pegando en el suelo con su baston y dirigiéndose por la orilla del rio hacia el molino.

Yo le tomé del brazo diciéndole :

- ¡No vayais!

- Hijo mio, respondió clavando en mí una de sus miradas de hierro, como yo las llamaba, no te opongas; sabes que conmigo es perder el

tiempo. Si esas gen-

tes hubiesen esperado



CACERIAS DE CORZOS EN ALEMANIA : EL RECLAMO.

dos dias mas, yo habria vendido mi trigo á cien chelines cuartal; ahora á ningun precio: les enseñaré á conducirse mejor en otra ocasion. Anda á casa, y tú, Jael, haz lo mismo.

(Se continuará.)

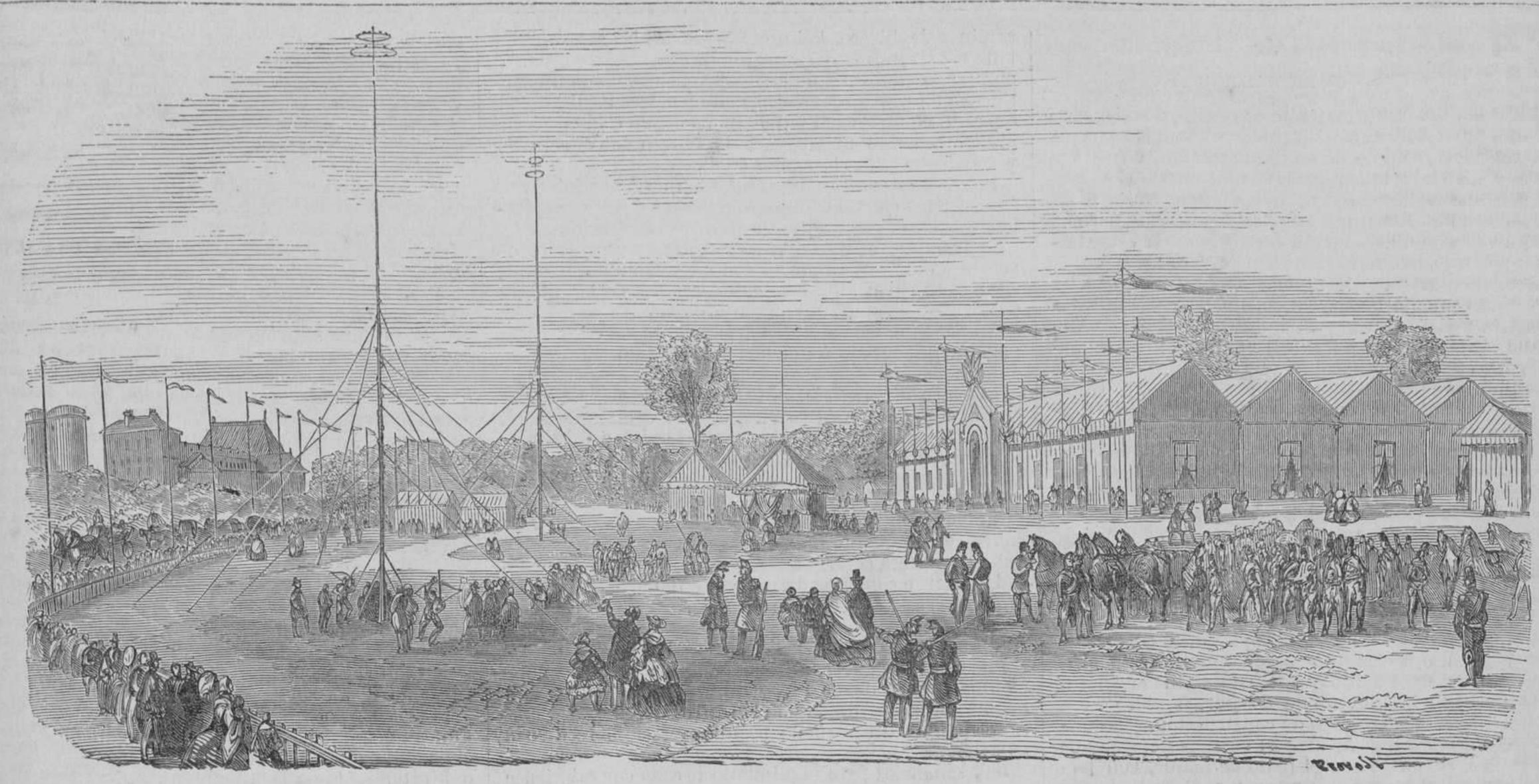
Cacerías DE CORZOS Y VENADOS

CON RECLAMO Y EN BATIDA.

Mientras los cazadores franceses forman sociedades en comandita para poder ma-tar liebres y perdices en los sotos reservados, los cazadores de Alemania recorren libremente los bosques y se entregan á su pasion favorita. Ya hemos hablado aquí á nuestros lectores en mas de una ocasion de las cacerias alemanas en distintos meses dei año, pues á decir verdad la caza no se veda de un modo absoluto en todo el año. Las liebres, las perdices, los faisanes, los gamos y las gamuzas se respetan durante seis meses; pero se puede cazar en todo tiempo el ciervo, el jabali, las aves de paso y todo animal dan no.

Por consiguiente, queda márgen para que se entreguen á su diversion favorita los aficionados. En el bonito pais de Baden es





TIRO NACIONAL FRANCÉS EN VINCENNES: VISTA EXTERIOR DE LOS PABELLONES DEL TIRO.

donde se efectuan las cacerías que no están en el programa, las cuales sirven de distraccion durante el largo entreacto que separa las dos temporadas.

Cada dia en el verano se consumen los corzos por docenas en las fondas de Baden. Es una gran suerte para los extranjeros que se hallan privados de caza en sus países respectivos. Ahora bien, voy á explicar aquí cómo los pobres corzos pasan de la luz del sol á la oscuridad de la cocina: es todo un drama

Siempre me ha gustado cazar; no obstante, debo declarar aquí que no he tenido predileccion sino por las cacerías en las cuales queda á las piezas algunas probabilidades de salvacion; siempre tendré sobre la conciencia dos corzos que maté en un dia de verano.

Hé aquí cómo pasó la cosa.

Era en julio de 1858, y me fuí acompañado de un

guarda á un bosque de las cercanías de Baden.

Hacia el tiempo mas propicio para la clase de caza que queriamos emprender: un sol muy fuerte despues

de una buena lluvia.

Cuando estuvimos en medio del bosque en una zarza desde la cual se descubria bien todo el contorno,

sin ser visto, el guarda me dijo:

— Quédese Vd. aquí y prepare la escopeta, voy á llamar. Mucha atencion; á la segunda ó tercera llamada, el corzo que está aquí cerca saltará hácia noso-

tros y se detendrá á pocos pasos. Entonces, fuego en él. ¡Con que atencion y cuidado!

Y dichas estas palabras da con su reclamo tres ó cuatro notas sucesivas y parecidas al grito lastimero de un corderillo.

Llamó hasta cuatro veces en vano.

— Vamos, dijo el guarda, parece que este no quiere; vamos á otro que debe estar á corta distancia.

Le segui pues durante media hora.

— Ya estamos, exclamó el guarda señalándome unas huellas frescas del animal; escóndase Vd. en esas matas con la vista fija hácia el arroyuelo.

El corzo vendrá seguramente por ese lado, porque la orilla del bosque está à cien pasos detrás de

A la primera llamada oi un salto; y el guarda no habia terminado aun la segunda, cuando ví lanzarse en derechura á nosotros un corzo magnifico. El soberbio animal

se detuvo en el arroyo con un aire provocador que le ponia tan hermoso, que estuve á punto de desarmarme; pero tenia el dedo sobre el gatillo, mis ojos se turbaron, el tiro resonó en mis oidos, y cuando el humo se disipó, ví al pobre animal revolviéndose en el agua enrojecida con su sangre.

Dos horas despues maté otro.

Hasta aquel momento no me habia dado cuenta de

mis emociones y de los sucesos del dia; estaba demasiado absorbido por mi ardor de cazador novato; pero á la vuelta pedí explicaciones al guarda.

— Es muy sencillo, respondió este; se ha notado que cuando un cervatillo estaba atacado por un enemigo y que gritaba de cierta manera, el ciervo se precipitaba inmediatamente al socorro de su progenitura. Nosotros nos aprovechamos de esta observacion; imitamos el grito lastimero del animal, el ciervo acude á detenderle, y el matarle es fácil entonces.

— Desgraciadamente es verdad, respondí yo, pues nunca me perdonaré el haberme aprovechado del amor paterno de un pobre animal para acabar con él; no

volveré á hacerlo nunca. Y así ha sido.

Es verdad que esto no impide que todas las mesas redondas de las márgenes del Rhin abunden en caza durante el verano. ¿ Qué importa? Yo no tengo la culpa, siempre es una satisfaccion.

La caza del corzo en batida que representa el segundo dibujo es menos cruel que la que acabo de describir; es muy favorable à la conservacion de la caza, pues no mata á los machos sino cuando las hembras están llenas ya.

Además ofrece algunos medios de salvacion á los corzos; pueden correr, forzar las líneas de los ojeadores, con otras probabilidades de escapar á la mortí-

El tiro nacional francés en Vincennes.

El tiro nacional que se ha establecido en Vincennes, y que se inauguró el 7 de octubre último, es una de esas instituciones modernas de una utilidad incontestable.

Por todas partes en Europa donde la han querido fundar, no solo los gobiernos y los pueblos han acogido la idea con ardor, sino que han prestado un concurso eficaz á su cumplimiento.

La Inglaterra tiene muchos tiros dotados con premios considerables y organizados de un modo permanente ó periódico; acude á ellos mucha gente.

La Bélgica, la Alemania, los Estados Unidos tienen tambien los suyos. El de Paris no podrá menos de conquistarse un buen lugar entre todos los que le han precedido.

Todo el mundo comprende que es una institucion indispensable para un pais esencialmente militar como la Francia, y que ha producido las mejores armas de precision.

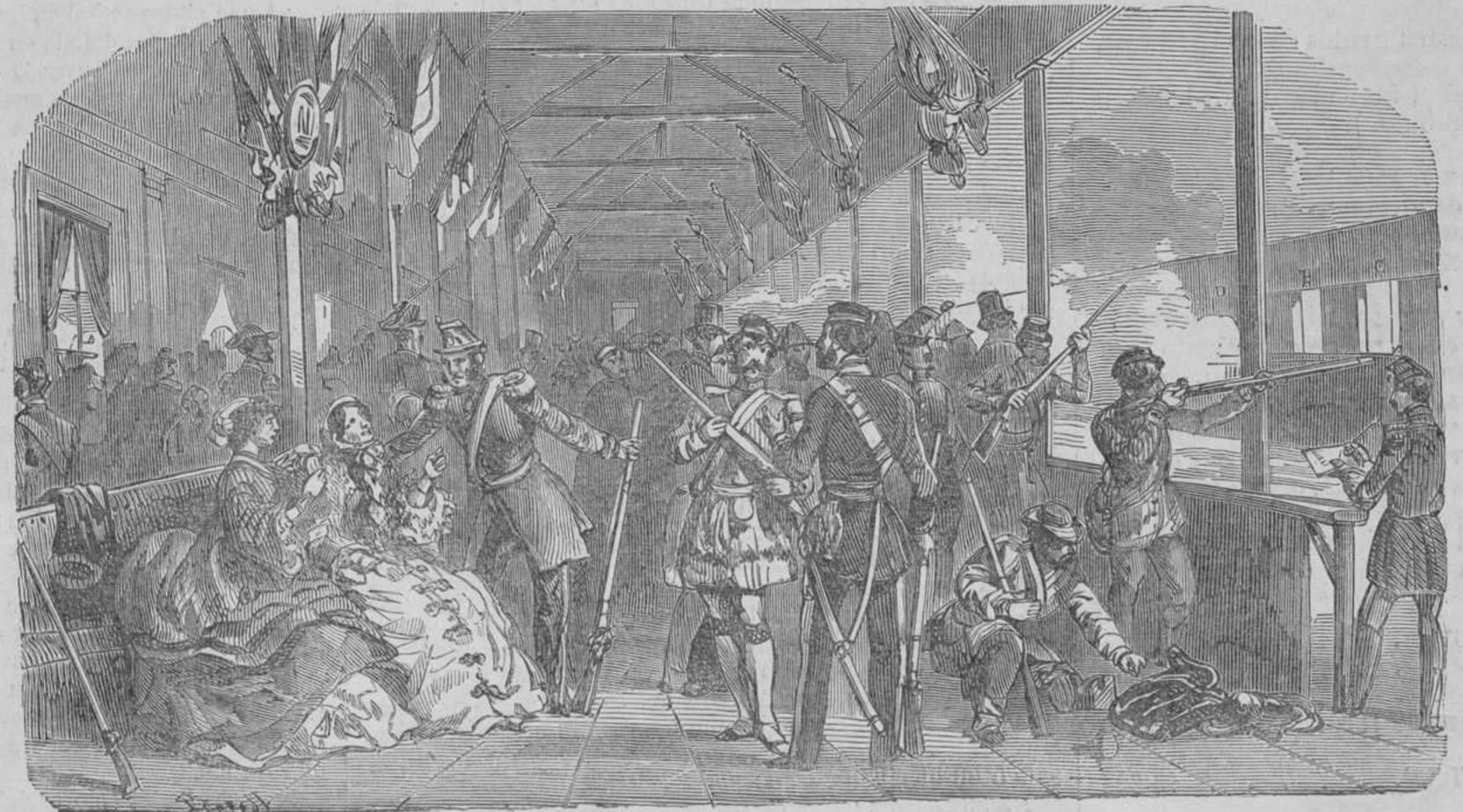
El edificio es grandioso; está situado en uno de los la-

dos de la vasta pradera que se extiende delante del castillo de Vincennes. El perímetro del recinto que forma las dependencias está trazado con una barrera en cuyos mástiles empavesados están las armas del imperio. El interior se compone de una gran galeria dividida en tres compartimientos paralelos que separa una pequeña balaustrada adornada de terciopelo encarnado; el espacio que está mas acá de la primera balaustrada se halla ocupado por un inmenso caté-restaurant; el compartimiento de enmedio es para el público espectador, y por fin está la gran nave de los tiradores.

El 7 á las diez de la mañana un cañonazo que disparó la batería del polígono dió la señal de la inauguracion del tiro, la que tuvo lugar en medio de un gran concurso de curiosos de ambos sexos. Los militares, ejército regular y guardias nacionales, fueron les primeros

que se presentaron; el 33° y el 45° de línea rompieron el fuego. Entre los tiradores se notaban varios extranjeros, algunos alemanes y belgas, con oficiales del ejército inglés que tomaron parte en la lucha.

Otros tiradores famosos en el extranjero deben llegar igualmente á Paris á disputar los premios, entre los cuales se cuenta una escopeta regalada por el emperador, que vale once mil francos,



GALERIA DEL TIRO NACIONAL EN VINCENNES.

fera escopeta. — Estas cacerías cuando abundan las piezas son muy hermosas, y hay dias en que yo he visto caer treinta ó cuarenta corzos. Las mejores en el valle del Rhin son las de las cercanías de Lahr, de Baden y de Offenbach en el pais de Baden, y en la selva de Schlestadt, de Estrasburgo y de Haguenau en la Alsacia.

El Asilo Imperial de Vincennes.

PROGRESOS DEL ESTABLECIMIENTO.

Hemos dado á nuestros lectores varias noticias correspondientes al establecimiento de beneficencia de Vincennes en la época de su inauguracion, y hoy vamos á señalar aquí los progresos hechos hasta el dia en esta institucion filantrópica, que deberia imitarse en todos los paises. Nos suministra estos curiosos pormenores un escrito de M. Veron, extractado en estos términos por un semanario científico de Paris:

« Uno de nuestros afortunados compañeros que ha sido sucesivamente farmacéutico, médico, especulador publicista y siempre hombre de talento, el doctor Veron, ha publicado en el Moniteur del 9 de julio un artículo muy interesante sobre el asilo de Vincennes. Como diputado del distrito de Sceaux, el senor Veron habia asistido el 31 de agosto de 1857 á la inauguracion de este establecimiento, y tres años despues ha querido comprobar los resultados obtenidos, pasando con semejante objeto un dia en el asilo para estudiar allí sobre el terreno todos los servicios, reglamentos y usos de esta institucion modelo, destinada como es sabido á recibir obreros convalecientes.

Diez y seis hectareas de hosque, que antes formaban parte del dominio de la Corona, fueron, dice M. Veron, destinadas à la instalacion del asilo contiguo al hosque de Vincennes, y construido en un terraplen hastante elevado, con ventilacion por todas partes, el edificio de piedra y ladrillo, es de un aspecto sencillo y risueño. Compónese de un cuerpo principal dominado por un pabellon central flanqueado de dos largas alas de dos pisos con bajos, y precedido de construcciones secundarias en escuadra que forman la entrada del establecimiento. En el centro está el patio de honor, con jardin, estanques y juegos de agua; y á él se llega por dos rampas semicirculares adornadas con bosquecillos de arbustos, flores y césped.

El pabellon central contiene en el piso bajo la capilla, y á derecha é izquierda extensos refectorios bien ventilados, con mesas de piedra, asientos cómodos y un servicio sencillo y reducido á lo necesario.

En el primer piso del pabellon central se encuentran la biblioteca y una sala de juego, y los dos pisos de ambas alas del edificio se hallan divididos en habitaciones de tres camas cada una, situadas todas al Mediodia y amuebladas sencillamente. Cada enfermo tiene un armario cerrado.

Los nombres de industriales célebres ó de sabios útiles designan los pabellones y galerías del asilo imperial de Vincennes.

PABELLONES.

Franklin (impresor, escritor, inventor del para-rayos). Montgolfier (inventor de los globos aereostáticos). Mateo Dombasle (agricultor). Gobelin (tintorero). Vaucauson (célebre mecánico). Jacquart (inventor de los telares de seda).

GALERIAS.

Oberkampf (manufacturero en el primer imperio). Boule (ebanista del tiempo de Luis XIV).

Gall (grabador distinguido). Schwilgue (médico, muerto en 1808).

Senefelder (inventor de la litografia).

Didot (impresor).

Lenvir (fabricante de instrumentos de matemáticas, muerto en 1810).

Brezin (cerrajero mecánico, fundador de un hospital para los obreros de esta profesion). Veilmann (mecánico).

Gambey (fabricante de instrumentos de precision). Daguerre (inventor del daguerreotipo).

Lebon (inventor del alumbrado de gas).

Argant (minero, inventor de la lámpara de su nombre).

Berthoud (matemático y relojero).

Appert (químico, inventor de un procedimiento para la conservacion de las sustancias alimenticias).

Por todas partes penetran el aire y el sol: hasta en los almacenes hay una ventilación permanente, de modo que no en las mejores casas se conservan las ropas mas secas y frescas que en el asilo, donde no se percibe olor alguno.

Desde el dia siguiente al de la inauguracion, se recibieron convalecientes en el asilo imperial, habiéndolo sido en los cuatro

últimos n	nes	es	del	añ	0	185	7.					894
En 1858.												4,401
En 1859.												5,523
En 1859. En los cir	aco	pi	cim(eros	3 1	mese	S	de	186	60.		2,510
		7										

En fin de junio de 1860 estas admisiones subian á 14,000 en dos años y diez meses. Los convalecientes corresponden à las categorías siguientes: 1º Enviados por los hospitales de Paris y de la demarcacion: 2º por las oficinas de beneficencia: 3º convalecientes de heridas recibidas en los talleres públicos (obras del Estado v del departamento del Sena): 4º miembros participes de las sociedades de socorros mútuos: 5º obreros de establecimientos cuyos directores han obtenido del ministro del Interior la autorizacion de enviar los convalecientes al asilo mediante una suscricion; como los

caminos de hierro, la imprenta Chaix, las casas Christoffe y Alexandre, la compania de gas del Este, etc.: 6° obreros asistidos á domicilio y provistos solo de un certificado de convalecencia firmado por tres médicos. Por expresa voluntad del emperador el asilo está en el dia indistintamente abierto à todo obrero convaleciente, y á la fecha hay 411 camas en él.

Dos elegantes carruajes con las armas imperiales van á buscar los convalecientes á sus casas ó á los hospitales, y los vuelven a ellas despues de la curación.

El término medio de permanencia en el asilo es de veinte y dos dias. Gracias á todos los recursos higiénicos de la institucion, las convalecencias de las fiebres tifoideas son comparativamente cortas. En general el convaleciente permanece en el asilo hasta estar completamente curado ó haberse declarado incurable su enfermedad.

Régimen alimenticio. — Este se halla arregiado por el director y el médico en jefe del establecimiento, adaptándose en cuanto á las horas de comer, á las costumbres de los obreros. A las siete y media de la manana una sopa; á las diez y media un plato de carne y otro de legumbres; á las cinco de la tarde sopa, carne asada, legumbres, y una ensalada ó un postre. Cada convaleciente recibe medio litro de vino de Borgoña, y pan de primera calidad á discrecion. Por término medio cada hombre consume diariamente 700 gramos de pan. Si hay necesidad prescribe el médico en jete un régimen particular.

Si los convalecientes lo desean, se les emplea en los trabajos de la casa, recibiendo entonces una retribucion que varía de 20 á 25 céntimos diarios, y tienen además un aumento de 25 centilitros de vino. Algunos se forman así un pequeño peculio, precioso recurso á

su salida. Hay señalados para el alimento de cada convaleciente un franco y diez céntimos diarios, sin incluir los gastos

generales de personal y combustible.

Servicio médico. — Una botica bien surtida contiene todas las preparaciones oficinales, y las prescripciones del médico en jefe se preparan por el farmacéutico de la casa imperial de Charenton. El servicio médico comprende además los baños simples, los sulfurosos, alcalinos y de vapor. Por término medio cada convaleciente hace un gasto diario de medicamentos que importa tres céntimos, dándoles además muy á menudo la administracion vendajes y aparatos que ellos no podrian comprar.

A su llegada y despues del reconocimiento del interno de guardia, reciben los convalecientes los vestidos y ropa blanca de la casa: camisa, pañuelos, calcetas, gorro de algodon, un paletó de muleton azul ó una blusa, segun la estacion, un casquete de paño ó un sombrero de paja, una servilleta y una tohalla. Todos los sábados se muda la ropa blanca, la cual se lava y repasa en el establecimiento, donde existe un lavadero del sistema Bonillon-Miller.

Los convalecientes desocupados tienen numerosos medios de distraccion, pues hay á disposicion de ellos juegos de bolos, de damas, dominó y lotería. Los naipes están prohibidos.

La biblioteca está abierta todos los dias de las doce á las cuatro, y contiene 4,000 volúmenes y periódicos ilustrados; la mayor parte de los libros han sido regalados por los libreros de Paris. Por término medio hay cincuenta lectores diarios, y algun dia han llegado à noventa y seis.

Es ejemplar la conducta de todos en el asilo; sométense sin murmurar à las prescripciones del reglamento; se muestran atentos entre si y respetuosos con los empleados; respetan el mueblaje y las ffores del jardin, y conservan en un pertecto estado de limpieza sus habitaciones, los corredores y aun los retretes destinados á las necesidades de la vida.

El personal del asilo de Vincennes consta de un director, un recaudador tesorero, un médico en jefe, tres internos, seis religiosas de la orden de San Agustin de Bélgica, un capellan, cinco empleados en la oficina, cuatro vigilantes, un guarda-almacen y cuarenta empleados subalternos.

El médico en jefe, M. Laborie, está encargado de la asistencia médica y quirúrgica. Los internos son nombrados por el ministro del Interior à propuesta del médico y del director, exigiéndose à los candidatos por lo menos doce matrículas, tres exámenes de fin de año y un año de asistencia como externos á los hospitales de Paris además del concurso.

Como alcalde de Saint-Maur, en cuya demarcacion está el asilo, su director M. Domergne ha hecho de él el centro de todas las solemnidades municipales de su distrito, como distribucion de premios á las escuelas, rifas de beneficencia, conciertos en beneficio de los pobres, y los convalecientes son los espectadores privilegiados de todas estas ceremonias. Los domingos, lúnes y juéves pueden visitarlos sus parientes y amigos en la sala ó en el jardin.

Presupuestos: Los recursos financieros anuales del

asilo imperial son de diversas especies:

1º Asignacion de 1 por 100 sobre el importe de los trabajos emprendidos en el departamento del Sena por cuenta del Estado y las municipalidades del mismo: en el espacio de tres años esta asignacion ha llegado á la suma de 700,000 francos que se reparte entre los asilos imperiales de convalecientes de Vincennes y del Yesinet.

2º Importe de las estancias pagadas por los convalecientes. El precio de ellas es de 50 céntimos para las sociedades de socorros mutuos, y 75 para los obreros de

talleres que se hayan comprometido á una suscricion. Todos los que vienen directamente de sus casas pagan un franco. Recordaremos aquí que cada estancia de convaleciente cuesta al asilo 2 francos 40 céntimos, comprendidos los gastos generales, y que el recurso de las estancias no ha pasado jamás de tres mil á tres mil quinientos francos.

3º A estos diversos ingresos hay que añadir la parte que corresponde al asilo de los fondos del legado Montyon, subvencion que solo está reglada por las apreciaciones de la asistencia pública, y que en 1858 ha lle-

gado á 28,665 francos y en 1859 á 28,800.

4º El asilo de Vincennes posee inmuebles. En un terreno de 10,800 metros, cedido por el emperador, y con ayuda de una subvencion de dos millones, suministrada por el ministro del Interior, se han constituido diez y seis casas, que comprenden treinta y seis tiendas y trescientas once habitaciones que alquiladas á precios moderados, desde 90 á 250 francos, dan una renta evaluada para el año próximo en 90,000 francos.

Este aumento se debe á los gastos de primer estable-

cimiento de explotacion de los inmuebles.

El asilo ha podido hasta ahora satisfacer sus gastos con sus rentas, y aun de la asignacion de 1 por 100 de los trabajos públicos entregar al Tesoro como reserva una importante cantidad.

El objeto de esta creacion imperial, dice al terminar M. Veron, es proporcionar à los convalecientes el tiempo necesario para reparar sus fuerzas y permitirles no volver al trabajo hasta estar completamente sanos y ágiles, previniéndose así esas diátesis anémicas, origen frecuente de afecciones à menudo incurables.

El asilo de convalecientes suministrará dentro de algunos años preciosos materiales al edificio de la ciencia. En él podrán comproharse los resultados definitivos del tratamiento de las fracturas y de los métodos opera-

torios para las amputaciones.

Allí es donde se escribirá la historia completa de las enfermedades hasta su desaparicion total y la entera curacion; donde serán juzgadas en última instancia las doctrinas académicas tan diversas y contrarias á veces; donde se formarán ricos archivos sobre las convalecencias, llenos de preciosos datos para la patologia y la terapéutica. Un gran número de extranjeros y médicos ingleses, rusos, prusianos, portugueses y americanos ha venido y viene cada dia á visitar y estudiar el asilo imperial de obreros convalecientes, cuya institucion que admiran se prometen algunos introducir en su pais. Todos nos envidian el honor de esta creacion caritativa que inspiró á Napoleon III su política generosa y civilizadora.

Revista de la moda.

Sumario. - De las modas actuales. - Los nuevos almacenes de la casa Delisle. - Telas del tiempo de Luis XIV. - El raso del Libano. - El cuero de seda. - Otras telas lujosas. - Dos vestidos á la moda : el vestido Fontanges y el vestido La-Valliere. - Descripcion de otros vestidos nuevos. - El Muchir y el Siciliano para salidas de baile. - Sigue la moda del oro en los sombreros. — Primeros modelos de Alejandrina. - Dos tocados de soirée : el tocado Sevigné y el tocado Lucrecia. — Descripcion del figurin que representa prendidos de baile.

¿ A que altura se hallan las nuevas modas?... Hé ahí la pregunta à la orden del dia en todos los paises del mundo, pues en todas partes se busca la elegancia en el vestir. Los volantes están en plena decadencia; solo se llevarán en los trajes de baile. Tambien se trata de desterrar el miriñaque; pero hasta ahora el miriñaque se resiste.

Para definir debidamente las actualidades de otoño y de invierno, voy á llevaros á los nuevos almacenes de la casa Delisle, que han plantado su bandera industrial en el boulevard de Capuchinas, en el sitio que ocupó el hotel de Osmont.

No describiré los salones, que son otras tantas maravillas de elegancia, aunque se ha hecho abstraccion de los dorados para probar que la casa Delisle no necesitaba atraer á la muchedumbre con un lujo ridículo.

Cada casa de novedades debe estar en su línea. A la casa Delisle lo que la piden es gusto, novedad y elegancia.

Aunque permaneciendo fiel al género aristocrático que la ha adquirido una reputacion universal, la casa Delisle ha completado su obra poniendo en venta telas sencillas al alcance de todas las fortunas.

Como una tela de mucha actualidad, señalaré el raso del Libano, con muchas bandas de flores separadas por bandas de rayas que recuerdan el antiguo damasco con una superioridad marcada. Esta tela nos recuerda los esplendores del reinado de Luis XIV; y servirá para vestido de la señora aristocrática y de la señora económica que quiera una tela de resistencia.

Los principales colores del raso del Libano son estos: gris plomo, verde turco, azul, pensamiento, dalia, encina y cuero de Córdoba, color que hace furor con ilustraciones bizantinas.

El tafetan de hoy no se llama tafetan, sino cuero de seda, para significar su fuerza y esplendor. Sohre el negro se ven chispas auriferas, estrellas, hojas y rosetas. El color aurifero parece oro sin serlo.

Hé aqui la descripcion de otras telas:

Gro de Siria, fondo negro con florecillas y follaje menudo aurifero; las flores varian de color segun el capricho.

Gro de Beyruth para soirée, fondo rosado con ramilletes de no me olvides. Esta tela es muy elegante tambien de fondo negro con ramos auriferos y grises.

Las telas de lana llamadas de fantasía imitan las sedas y presentan con poca diferencia los mismos dibujos. El terciopelo de lana continúa siendo el rey de la estacion de otoño. La casa Delisle los tiene preciosos y exclusivos.

En cuanto al corte de los vestidos cada señora improvisa el suyo, digámoslo así. Los vestidos de una sola pieza cortados al sesgo y sin cinturon son muy elegantes, porque dan un aire esbelto y hacen un talle fino. Ya que estoy en los vestidos á la moda, he aquí dos que datan de ayer y que son tan elegantes como sencillos.

El uno es un vestido Fontanges de terciopelo mogol negro ilustrado con florecillas de colores; el cuerpo y la falda hacen una pieza por medio de gruesos pliegues huecos. Su adorno es cosa nunca vista. Dos de los pliegues de la falda por delante y por detrás suben por el cuerpo y se cruzan sobre lo alto de la manga formando hombreras guarnecidas de pasamanería con flores En toda la altura del vestido hay un adorno de pasamanería que le cierra. Las mangas huecas tienen puños adornados de pasamanería.

El otro es un vestido La-Valliere de tafetan antiguo gris muselina, adornado sobre el cuerpo con tirantes que comienzan mas abajo de la cintura, y que vienen por delante á formar sobre la falda un ornato abierto, que se continúa al rededor del vestido sirviendo de orla. Los tirantes son de tafetan violeta con vivo gris En el borde del tafetan violeta hay una ruche de cinta. Las mangas son aplastadas por arriba, abiertas por abajo y van guarnecidas con vueltas. Se puede hacer este vestido con un cinturon que pasa sobre los tirantes.

Pero no he concluido con los vestidos.

Hé aqui otro de raso negro con un gran volante Maria Antonieta con cabeza rizada. Sobre una primera falda ondea otra falda de raso negro. El cuerpo lleva solapas cruzadas con camisolin de tul negro sembrado de cuentecitas de azabache. Este vestido un poco severo, es de luto.

- Otro de moaré antiguo verde laurel con un ancho terciopelo negro en el bajo de la falda, adornado con puntilla negra. Por un lado lleva un grueso lazo de terciopelo, ó una ancha cinta que va á perderse en el bajo de la falda. El cuerpo es escotado á la Luis XVI y va guarnecido de terciopelo y encaje.

- Otro de tafetan negro con siete pequeños volantes con vivo violeta. Es el único modo como se llevan hoy los volantes.

El mes próximo hablaremos de prendidos de baile.

Entre tanto voy à describir dos espléndidos abrigos para salir del teatro ó del baile.

El primero y mas elegante de los dos se llama Muchir, y nos ha llegado en derechura de Constantinopla.

Figuraos una inmensa capa blanca de cachemira que se pone sobre los hombros como un albornoz aristocrático. El adorno del Muchir consiste en un bordado negro y oro copiado de las agujas de los minaretes. Cada aguja remata en una media luna. Esta soberbia prenda es muy hermosa tam-

bien de paño purpurino, azul ó verde. El otro abrigo es un Siciliano que tiene todo el sello del nombre que lleva. Es blanco de cachemira con hombreras negras y oro que parecen cinceladas. El capuchon tiene tres

borlas de los mismos colores. ¿Y los sombreros? No los olvido; al contrario, voy á describir algunos que he visto en casa de Alejandrina. Yo creia que el oro se habia acabado, pero no ha sido así; por con-

siguiente no tengo mas remedio que aceptarle. El primero es un sombrero de princesa de terciopelo real blanco con ala cerrada con tres botones de oro sobre lo alto de la cabeza. Del ala se escapan dos plumas altas blancas con cabeza negra. El casco de tul blanco está velado con un adorno de encaje. En el interior ruche de terciopelo con bo-

tones de oro. - Otro sombrero Emperatriz de terciopelo negro con fondo de raso blanco y de tul negro, cubierto con dos plumas aplastadas, y que se rizan sobre el bavolet de terciopelo negro forrado de raso blanco. En el interior lazo de terciopelo

negro prendido con perlas de oro. - Otro de terciopelo violeta de Parma rizado, guarnecido de blonda sobre un fondo de terciopelo real blanco. Bavolet violeta de Parma. En el interior blonda y bandó de terciopelo, una gran pluma blanca parte del lado izquierdo y atraviesa el ala.

Echemos una ojeada á los tocados.

Elijo dos al acaso; mas tarde completaré la série de los to-

cados de baile y de soirée.

El uno es un tocado Sevigné formando pouff de cocas de terciopelo azul de China con bandó de cinta blanca, adornada de medallones oro y azul, que se enrosca detrás de la cabeza en el peinado y cae con puntas flotantes.

El otro es un tocado Lucrecia de terciopelo escabiosa, que describe un bandó romano, atravesado por un listoncito de oro que cae á cada lado á la antigua con dos borlas de oro.

La descripcion de nuestro figurin dará una idea de los prendidos de baile.

Primer traje. - Vestido de gasa muselina malva con volantes, orlado con una ruche de gasa y de tul del mismo color Cuerpo de peto. Berta como el vestido. Mangas cortas compuestas de dos volantes. En la cabeza violetas de Parma. Guantes con botones. Brazaletes ricos.

Segundo traje. — Vestido de tarlatana blanca sobre tafetan rosa y con dos faldas. En el bajo de la primera seis volantes · a la Pompadour de tarlatana rosa y blanca Cuerpo adornado con una berta cruzada por delante cubierta de volantes en armonia con los de la falda. Mangas cortas con igual adorno. Cinturen rosa y cocas en la caheza; hrazaletes ricos y abanico antiguo.

Tercer traje. - Vestido de crespon verde Isly. Cuerpo con draperias; mangas cortas y huecas; albornoz argelino. En la cabeza diadema de oro y terciopelo; aderezo de coral.

Cuarto traje. — Vestido blanco de organdi ilustrado con bordados y formando delantal por medio de unos volantes

atravesados de cinta azul celeste. Guerpo de peto. Mangas muy anchas. En la cabeza guirnalda bandó de flores azules. A cada lado de la falda ramillete de las mismas flores prendido con un lazo de cinta. Brazaletes ricos; abanico moderno; pañuelo de encaje y guantes con botones.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Dos dias en un convento de maronitas.

(Traduccion libre del francés.)

El toque de la oracion acababa de avisar á los monges que era ya hora de recogerse.

En vano pretendia hacerse oir un viajero! Las puertas del monasterio de San Hilarion, situado en las gargantas del Libano, estaban cerradas: ni habia campana, ni se veia llamador por donde anunciarse.

Dos ó tres culatazos vigorosamente aplicados contra una maciza puerta de olivo no obtuvieron otra respuesta que el eco de los bosques prolongado por los corredores y los ladridos de cinco ó seis alanos que saltaban dentro de las tapias del convento.

Impacientado el viajero y renegando de tener que acostarse sin cenar, expuesto al rocio de una fria noche de setiembre, ató su caballo al tronco de un algarrobo que brotaba entre dos rocas, cuando de pronto apareció una cabeza medio oculta por los pliegues de su capucha en la ventanilla practicada en el espesor de la pared. Despues de una ligera inspeccion, no distinguiendo mas que dos hombres, la cabeza se descubrió por *completo.

- ¿ Quiénes sois? dijo en árabe la voz del capu-

chon.

- Un peregrino que desea dormir en el convento, contestó el guia griego que desde Damasco acompañaba al expedicionario en calidad de intérprete, espolista y avuda de cámara.

- Es demasiado tarde, respondió el monge separándose de la lucera.

- Nunca es tarde para acostarse, repuso el viajero

interviniendo en el coloquio. Ni para cenar, cuando no es dia de ayuno, añadió el griego con una voz insinuante. Además, este señor

viene de Jerusalen y trae cartas del patriarca. - ¡Acabaras! replicó el monge volviendo á su puesto de observacion del que apenas se habia separado.

Se oyó el ruido de una cadena deslizándose por una polea que despues de haber rebotado tres ó cuatro veces contra el muro, dejó caer al suelo una cestita de mimbres.

Jenófanes (este era el nombre del guia) abrió la maleta y sacó un gran pliego sellado con cinco cruces del Santo Sepulcro, depositándole en el cesto-balija que emprendió su camino aéreo y desapareció. El monge cerró cautelosamente la ventanilla.

- ¿Estamos delante de alguna plaza fuerte? pre-

guntaba á su guia el viajero.

- Poco menos: puesto el sol, toda persona que aquí se acerca es un enemigo, y se tiene gran cuidado de darle con la puerta en el rostro. Pero no dudo que vuestras cartas lograrán abrirla. Estamos por lo tanto en el caso de ahorrarnos nuestro pan: el del convento es un poco mas negro; pero cuando se come lo ajeno, se economiza lo propio.

Diciendo este aforismo de incontestable verdad, Jenófanes se envolvió en su gran capa de pelo de camello con rayas pardas y blancas, dirigió algunas cariñosas palabras á los caballos que escarbaban la tierra con sus cascos, y se tendió á lo largo sobre un banco de madera que habia en el pórtico.

- Creo, continuó acomodándose en tan duro lecho, que tendré tiempo de echar un sueño. Los monges

nunca están de prisa. No habia Jenófanes cerrado los ojos, cuando se oyó confuso rumor de pasos y de voces, seguido del rechinamiento de llaves y de cerrojos. A treinta piés del suelo se abrió una ventana, de donde descendió muy lentamente un cuévano parecido á los que se usan en los pozos de las minas.

Apenas hubo llegado á tierra, entró en él nuestro viajero, quien en un abrir y cerrar de ojos se elevó hasta el pretil de aquella singular puerta.

- ¿Y yo? exclamó Jenófanes levantando los brazos al cielo, como para seguir la ascension de su amo. - Tú, replicó un monge, guardarás los caballos que no pueden entrar en el convento durante la noche.

- ¿Y cenar? ; padre mio! - Dios proveera, dijo aquel, arrojándole un saco lle-

no de pan, de higos secos y de dátiles frescos. - XY beber? — El agua del Líbano es deliciosa. Desde aqui se oye

el murmullo de un arroyo. El cenobita ofreció una mano al viajero que acababa de poner el pié sobre la trampa, sostenida en el aire por dos enormes cadenas, como el puente levadizo de un castillo feudal, desde el que una sólida escala per-

mitia bajar al interior del convento. Ni una sola palabra dijeron al recien llegado los hermanos que marchaban delante de él, á modo de introductores, alumbrando con teas de cedro, cuya odorifera

llama gudulaba sobre sus cabezas. A través de largas salas y prolongados corredores, fué conducido hasta el refectorio donde se hallaba reunida

para la cena toda la comunidad.

Era aquel una espaciosa sala alta y embovedada: por todo adorno se destacaba sobre el fondo blanco de las paredes el bermellon de algunas letras árabes, som - \ te pa

breadas de azul, con que estaban escritas de arriba abajo, con todo el esmero y la delicadeza de la caligrafia oriental, varias sentencias de los libros santos. Una lámpara de hierro de siete brazos, símbolo de los siete dones del Espiritu Santo, colgaba del techo, proyectando una luz desigual, cuyos rayos iluminaban con suma claridad una parte de la escena, á la par que dejaban otra medio á oscuras. Junto á las estrechas mesas que recorrian las paredes de la sala, y hácia un mismo lado, se hallahan sentados treinta religiosos. Un gran cuadro situado frente á las ventanas representaba la Cena.

En Oriente nada cambia: el mismo pan que el artista habia pintado en su cuadro delante de Cristo y de los apóstoles, se hallaha aun sobre las mesas del convento, y la forma de los vasos y platos de que hoy se sirven, en nada se distinguen de los que se usaban hace veinte siglos.

Los monges no parecieron apercibirse de la entrada del huésped. A una señal del presidente, cerró el libro uno de los hermanos que leia los Evangelios en lengua siriaca y ocupó su puesto. El forastero llegó ante el superior que estaba sentado al fin del refectorio, bajo un Cristo de veso fijo á una cruz de madera negra.

El abad, hombre de estatura alta y de rostro enérgicamente pronunciado, se levantó, alargó su mano al viajero y le saludó dándole la bien venida en el idioma cosmopolita, mezcla de italiano, griego, latin y árabe. que comunmente se habla en los conventos de Oriente.

Como el buen padre encontrase cierto embarazo en proseguir su discurso, se dirigió á un religioso que estaba en la primera mesa de su derecha y le hizo señas para que hablase por él. Este levantó la capucha, dejando ver su frente noble y despejada, sus ojos grandes y azules, que á la vez expresaban envidiable calma y profunda melancolía.

- Caballero, dijo; nuestro superior el reverendo padre Esahias-hen-Tohiahs, se alegra en extremo de vuestra llegada; para él es un placer recibir un europeo en San Hilarion. Esperamos que permanecereis aquí como en vuestra casa mientras os sea agradable el hospedaje.

El monge no añadió una palabra mas y volvió á sentarse, calándose la capucha hasta las cejas.

Dos legos guiaron al extranjero al otro extremo del refectorio, colocándole en una mesa de honor frente á

la presidencia.

Casi todos los frailes del convento eran jóvenes sirios. armenios, árabes y maronitas, que pertenecian al gran tipo de la belleza oriental. No se les conocian las señales de la maceracion, ni se hallaba en su rostro la amarilla palidez de los ascetas: todo entre ellos era salud. Sus ojos negros y vivos destellaban fuego, bajo las frentes tostadas por el sol y azotadas por el huracan. Casi todos llevaban caida sobre el hábito de lana parda la capucha azul.

Un golpe seco dado por el superior en la mesa con la cuchara de madera, advirtió á los religiosos que habia

terminado la cena.

Se levantaron, y despues de dar gracias á Dios, fueron desfilando por pequeños grupos, para hacer segun la costumbre oriental la ablucion de cara y manos en una pila de granito alimentada por un chorro contínuo que caia de la bóveda del mismo refectorio, tallada en roca viva.

Poco á poco fueron retirándose, unos á la capilla para terminar sus oraciones, otros á pasearse hablando en los jardines, y otros, para gozar mejor de la calma y frescura de la noche, se sentaban en las azoteas, el codo sobre la rodilla, la barba apoyada en la mano y la vista perdiéndose en los azulados espacios guarnecidos de estrellas. La contemplacion es uno de los primeros elementos de la vida monástica oriental.

El viajero pasaba entre ellos de un lado á otro, buscando por todas partes al religioso que habia llamado

su atencion sin encontrarle en ninguna.

Creyendo los monges que estaria fatigado á causa de la larga jornada, con suma discrecion mostráronle la celda de los huéspedes; espaciosa cámara que recibia la luz por una ventana cuya gigantesca ojiva se entreabria en los valles del Libano. El mueblaje era sencillo y poético. Nada recordaba alli las vulgaridades de la vida ordinaria. Los objetos destinados á los usos mas comunes tenian su carácter y su estilo. El lecho colocado sobre una plataforma, parecia mas bien destinado á meditar que á dormir. El hermoso jarron lleno de agua fresca, tenia grande analogía con los vasos fúnebres de la antigüedad. Cerca de la cabecera lucia una lámpara como las que antiguamente ardian en el templo de Salemon.

El extranjero, poeta á sus horas, se encontraba al presente tan fatigado, que despues de echar una ojeada de satisfaccion á su alrededor se acostó, quedándose

profundamente dormido.

A la mañana siguiente, el sol se levantó mucho antes que el huésped. La benéfica noche habia derramado el sueño en sus venas como refrigerante bálsamo. Colocóse de codos en la ventana y respiró libremente las brisas cargadas con los aromas de los valles del Líbano. Una encantadora campina desplegaba ante su vista altombras de verde follaje, convidándole á meditar, y meditó por largo rato.

El sonido de las campanas interrumpió pronto su

matutina contemplacion.

El convento parecia hallarse completamente abandonado: los corredores solitarios, el claustro desierto, el locutorio silencioso; pero los ecos lejanos del rezo le condujeron á la capilla, donde entró un instante para oir los salmos traducidos al árabe, con arreglo á una melodia pausada y cadenciosa, aunque monótona.

Una mirada escudriñadora dirigida á la fila de los monges, no le descubrió al que buscaha, y hubo de retirarse de puntillas, distrayéndose en vagar por el convento interin terminaban los maitines.

El monasterio ocupa una posicion grandiosa y salvaje entre los anillos de la quebrada cadena del Líbano hácia la falda que mira al Levante. El nido del buitre y del águila no son mas inaccesibles que este edificio horadado en roca viva. Por entre las grietas de las peñas brotan aquí y allá nogales, olivos y gigantescas higueras de las Indias. Un torrente producido por los hielos que se precipitaba desde la cúspide de la sierra hasta el pié del monasterio, filtrándose por entre las rocas, extendia en todas sus dependencias el dulce murmullo de las aguas y la frescura de la nieve que le servian de madre.

- ¡Ah! señor, si supiérais qué bello es el jardin de donde vengo, dijo Jenófanes enseñando á su amo los bolsillos repletos de brevas; y marchando delante de él para mostrarle el camino, le condujo hasta una verja de hierro, oculta por un bosque de algarrobos. Este jardin monacal era un dilatado vergel y al mis-

mo tiempo el soto que los buenos monges cuidaban con el mayor esmero. Sus cultivos variados, así como sus abundantes frutos, revelaban á primera vista la inagotable fecundidad del terreno. Corpulentos árboles, cuyas ramas nunca habian sido podadas, proyectaban sobre el césped una sombra llena de perfumes, mientras cantaban los pájaros saltando en sus frondosas copas. Enjambres de abejas zu nbaban al rededor de las flores en los semilleros, y una ligera brisa movia suavemente su embalsamado cáliz. Era una hermosa mañana de otoño.

- Déjame, advirtió el viajero al jóven griego que triscaba á su alrededor como un cervatillo sobre la escarchada yerba.

- Como guste Su Excelencia, contestó volviendo las espaldas y engulléndose los higos á puñados.

El extranjero, guiado por las vueltas y revueltas de un arroyo que corria sobre un lecho pardusco cubierto de matorrales, entre salvia mezclada de musgo, vello-



CEDRO EXISTENTE EN EL JARDIN DEL PINTOR M. GIGOUX, EN EL BARRIO BEAUJON (CAMPOS-ELISEOS).

silla y berros floridos, llegó á la linde de un bosquecillo en los confines de la clausura, donde como centinelas avanzados se destacaban dos cedros. Un poco mas allá el pino silvestre entrelazaba sus ramos con el terebinto de anchas hojas y las del ciprés.

No sin grande trabajo consiguió abrirse paso por una valla de higueras que formaban empalizada con sus punzantes espinas, y el explorador se internó en la espesura del bosque.

A los doscientos pasos divisó una superficie bordeada de rosas y tapizada con musgo y rosales campestres. Reinaba en aquel lugar, al que no llegaban los vanos ruidos de la vida, la calma del mas profundo retiro. En medio de la esplanada, un gigantesco quitasol de pino cubria con sus ramas cierta meseta de mármol blanco, sostenida por cuatro pedestales de basalto: era una tumba. Sobre la losa túnebre se veian grabados con letras de oro este nombre y esta fecha:

MARIA

184 ...

El sepulcro no tenia otro adorno que cuatro copas abiertas, colocadas en los ángulos donde las aves be-

bian la lluvia y el rocío del cielo, rego-cijando á los muertos con sus dulces cánticos.

Esta tumba es en compendio la historia de los conventos maronitas del Líbano.

« Los sarcófagos diseminados por los huertos claustrales guardan y velan misteriosas leyendas de verdad y arrepentimiento que al profano no le es permitido saber. »

Así se lo dijo al curioso viajero un meditabundo monge que rezaba arrodillado junto al fúnebre monumento.

B. DEL BARCO.

El cedro

DEL BARRIO BEAUJON EN LOS CAMPOS-ELI-SEOS.

Este bonito barrio Beaujon, que es al mismo tiempo un barrio muy nuevo, va á sufrir tambien la ley inexorable de las demoliciones. Entre las casas que deben desapar cer se cuenta la del pintor M. J. Gigoux. — El

hermoso estudio de este artista pue le trasportarse, pero no así el jardin, pues el estudio tiene un jardin, y el jardin un cedro monumental que es hermano del famoso cedro del Jardin de Plantas y el orgullo del barrio Beaujon. Por consiguiente el cedro está condenado á muerte; los albañiles no respetan nada, ni siquiera los árboles.

Roble gigantesco de Pompogne.

Hace mas de un mes que M. Bransoulié de Bachasse mandó cortar en el pueblo de Pompogne cerca de Casteljaloux (Lot y Garona), un roble monstruoso; desde entonces unos quince jornaleros se hallan ocupados en el trasporte de este venerable décano de los vegetales de Francia, á fin de establecerle bajo un cenador que el propietario hace construir enfrente del puente de Bachasse.

M. Bransoulié ha querido disputar al vandalismo de algun espíritu mercantil este glorioso resto de la naturaleza primitiva, colosal excentricidad que mide en su base 17 metros 50 centímetros de circunferencia, y 15 metros cuando menos por las otras partes.

